Erri De Luca

Historia de Irene

Lectulandia

Este tríptico luminoso empieza con una fábula sin moraleja que podría incluirse en cualquier recopilación de mitos griegos. El personaje principal, Irene, tiene el misterio de las criaturas mágicas, y teje un hilo narrativo que se entremezcla con la voz del narrador, que mece al lector en la leyenda. Las dos historias que la siguen son conmovedores relatos sobre la naturaleza del ser humano, capaz de mostrar amistad y dignidad en circunstancias adversas, contados con el singular lenguaje evocador y muy poético que ha hecho a Erri De Luca célebre en todo el mundo.

Lectulandia

Erri De Luca

Historia de Irene

ePub r1.0
Titivillus 06.05.2019

Título original: *Storia di Irene*
Erri De Luca, 2013
Traducción: Carlos Gumper

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

HISTORIA DE IRENE

Irene tiene los ojos redondos de los peces, de los pájaros, de los mamíferos. Ni siquiera en la sonrisa hay un amago de frunce oblicuo.

Es huérfana, tiene catorce años y pronto parirá.

Vive en una habitación que era establo para el asno y ahora es para ella.

El propietario se ha marchado a Australia. La casa está alquilada por una pareja holandesa durante todo el año; el establo es para Irene.

Hay una cama de piedra y un colchón de hojas secas de arbustos. Crecen pocos árboles, bajos a causa del viento que los dobla.

Están anclados al suelo con raíces que se retuercen entre las piedras. Al arrancarlos, exhiben al aire la derrota de su agarre.

Del mismo modo, también de las islas griegas vuelven a marcharse a la emigración. Los hombres son semejantes a los árboles.

Habían regresado a casa desde oficios lejanos, ahora vuelven a dónde encontraron mejor fortuna.

De jóvenes trabajaron a bordo de buques mercantes, desembarcaron en Australia de noche, abandonando su turno.

Fueron acosados, emplearon toda clase de recursos, desde la humildad al cuchillo. Alguno de ellos me lo cuenta.

Tenemos la misma edad, la misma dosis de suerte que nos consiente un sorbo de vino en la terraza de una isla griega.

Volver ahora a la emigración es un salto en la oscuridad, menos profundo, más amargo en cambio.

Ser expulsado dos veces duele hasta los huesos. El Mediterráneo es para nosotros un portero hostil.

Para aquellos que lo cruzaron amontonados y de pie sobre embarcaciones de fortuna, el Mediterráneo es un portero acogedor.

Mar adentro, en verano, se cruzan balsas y veleros, los más opuestos destinos.

La gracia elegante, indiferente, de una vela hinchada y escasos pasajeros a bordo roza la chalupa de los embutidos.

No responde al saludo ni a la ayuda. La proa afilada abre las olas en rizos de mantequilla.

Desde la barcaza lo ven desfilar sin ser capaces de explicarse por qué, inclinado hacia un lado, no vuelca, no se hunde, como les ocurre a ellos.

Algunos de ellos sonríen al ver la imagen de la fortuna. Algunos esperan encontrar un lugar en un mundo así.

Algunos de ellos desesperan de un mundo así.

Irene va a nadar de noche, incluso en invierno. Ni siquiera la borrasca la retiene en tierra. No emplea el fuego, se come crudo incluso el pescado.

En los costados de la isla hay colmenas silvestres. Irene espanta a las abejas con un mejunje de estiércol de cabra y pulpa de moluscos marinos.

Si alguna le deja su rostro en la piel, se la restriega con sal de roca recogida de pozas secas.

Irene conoce las respuestas a cosas que no hacen preguntas.

Para la aldea de la isla su presencia es de soslayo. Le prestan la misma atención que a una sombra en la pared.

La sombra de Irene es un lastre, la arrastra tras de sí, por el suelo y sobre los muros. En el mar, no: se la quita de encima en cuanto se desliza en las olas.

Desde que está embarazada ya no la saluda nadie. Está en el último mes, pero no se han dado cuenta hasta hace poco.

Tiene un vientre más alargado que protuberante.

En una isla es una desdicha que te retiren el saludo. No hay arreglo, o viajas o mueres.

Es poca superficie, un día de camino de un extremo al otro. Tiene conejos silvestres y el águila con plumas blancas en la punta de las alas.

En el mar vive alguna postrera foca, maldecida por los pescadores. Hace desgarrones en las redes con el hocico y los ensancha con las aletas. Se va un día amargo en repararla.

Esta pequeña tierra es uno de los bordes dilacerados de Europa.

La primera vez que desembarqué, pregunté el nombre de la isla a Oriente.

Me contestó el maestro de primaria:

—Esta es la más grande que tenemos. Se llama Asia y llega hasta Vladivostok.

Aquí no usan el nombre de Turquía para la tierra de enfrente. Dicen Asia Menor, un nombre de la geografía, no de la historia.

Nadie sabe quién montó sobre Irene. No creen que fuera un forastero.

Estamos a finales de septiembre y ella tiene un vientre que no tardará en vaciarse: fue alguien en enero.

En enero son muy raros los marineros de vela que desembarcan en la isla. Permanecen quietos en el puerto, más amarrados que sus barcos.

Irene no dice quién estuvo con ella. Ha decidido contármelo a mí.

Ve que nado aguas adentro, a espalda, con los brazos que van derechos a ciegas.

Le gusta que venga de fuera. De Nápoles, *nea polis*, le digo, nombre de escasa fantasía, inventado por los griegos, bajo un volcán que descarga en el mar.

Ahora ya no es *nea*, «nueva», pero se renueva con las invasiones y los terremotos.

El sol surge por detrás del volcán y se pone en campos que humean azufre.

A Irene le interesan las historias.

Cuando la fundaron se parecía a ti, le digo, estaba más dentro del mar que en tierra firme.

Su primera deidad, Parténope, era una muchacha de las olas.

Me pregunta hasta dónde llego nadando. A ninguna parte, cuento las brazadas, quinientas, después vuelvo hacia atrás.

Atrás es el lugar de donde parto y provengo. Irene sonríe, abre los dientes, muerde el aire, lo engulle a pequeños sorbos.

Sus ojos siguen siendo redondos y lejanos.

Confía en mi edad, blanqueada en las sienes y en la barba que dejo crecer.

Sabe que carezco de mujer y de hijos. Le digo que escribo historias y las vendo en el mercado.

Abro la maleta de viajante y me pongo a vocear mis simpáticos títulos que nadie recuerda y que llaman la atención durante medio minuto.

Nuestra especie humana necesita historias para acompañar el tiempo y retenerlo un poco.

Así que yo recopilo historias, no las invento. Voy detrás de la vida, a espigar, si se trata de un campo; a racimar, si se trata de un viñedo. Las historias son un resto que ha dejado el paisaje. No son aire, sino sal, lo que queda después del sudor.

Irene escucha y el viento azota sus cabellos tupidos, rapados en la nuca por un corte de podaderas.

Algunas algas secas se le quedan enredadas, como les ocurre a las hembras de los erizos de mar.

Ha ido a la escuela, aprendió a leer pero no a escribir, por falta de cuaderno y de pluma. Sabe los números pero no los usa; le basta uno, dos, muchos.

Nos reunimos en la playa de Flores, el codo de una ensenada donde el mar se introduce para descansar del empuje del viento.

La isla está deshilachada, con refugios arrojados al azar por erupciones que se deslizaron hasta el mar.

Escalo descalzo un acantilado con agarres de cuarzo. Asciendo lentamente por una cristalería de prismas.

Mi espina dorsal alude a las torsiones del reptil. Ella me ha visto encaramarme.

Irene respira profundamente, el aire entra y le levanta el tronco, no sólo el torso. Cuando hace acopio de aire, se convierte en una vela.

Luego dice que no parezco una figura humana cuando me muevo por encima del acantilado.

Aguardo a saber cuál es, después le pregunto. A un escorpión, te pareces, pero sin cola.

Es verdad, la he perdido. Pero cuando el tiempo empeora, siento dolor en el fondo de la espina dorsal, en las vértebras que ya no existen.

Por la noche duermo boca abajo para evitar el riesgo de picarme en sueños.

Lo digo en broma, pero enseguida me doy cuenta de que es la verdad. Basta decir una cosa para que luego suceda.

Un escritor se transformó en escarabajo, otro en una marioneta de madera.

A mí me ocurre que, algunas veces, soy el caballo de don Quijote.

He sido espoleado por alguna buena causa que me saltó a la grupa y me mandó a deambular por ahí.

Cuanto mejores son las causas, más escasas son las fuerzas de quienes deben servirlas.

Escorpión es la primera vez. Irene sabe extraer su veneno, se lo pone sobre las uñas, así resisten mejor las horas en el mar.

Yo se las miro y tienen una costra de nácar.

Irene me pregunta si recopilo también las historias que aún no son restos. Ella lleva una en el vientre.

Si quieres que la escuche, la escucho. No puedo seguirla en el mar, me pierdo, pero en tierra soy capaz.

Irene sabe nadar a una velocidad que nunca he visto antes. El mar por debajo de ella es una goma elástica, sus patadas con las piernas unidas son un golpe de aletas.

Salta sobre las olas con zambullidas de cetáceo. ¿Te ha visto alguien ir a nadar? Nadie, ella baja por la noche.

A mí me permite observarla porque tiene que ver con lo que quiere decirme.

Se tumba en la playa, no coloca las manos en la nuca y deja que se le arene el pelo. Tumbada, el vientre se le convierte en una quilla.

Golpea con la palma de la mano sobre la tensa piel del tambor. Está aquí dentro, la historia.

No es que lo diga, sino que el gesto se convierte en una frase que oigo.

Está aquí dentro, la historia: recibo la frase en la nuca, luego baja siguiendo las vértebras.

Hay un punto en mi cuerpo donde los sentidos convergen. Entonces, un ruido se convierte en un olor, un roce coincide con un gusto en la boca.

Los sentidos tienen una estación central donde se clasifican. Allí es donde Irene me alcanza.

Ella está tumbada, yo estoy sentado más adelante, con los brazos en las rodillas.

Ha vuelto de las brazadas nocturnas, yo aún tengo que bajar al mar.

Cómo saltas las olas, y con el peso que llevas en el regazo.

La vida que tengo dentro de mí es lo que me impulsa a saltar. En tierra me pesa, en el mar me hace tomar carrerilla.

Ningún cuerpo humano sabe correr sobre las olas, tú eres la única en el mundo.

¿El mundo? Ella mira el cielo despejado y dice: ¿ese?

El mundo no es para ella Asia, que tiene enfrente, Europa, a sus espaldas, con el resto de los océanos y las tierras.

Es lo que rodea la noche, el mar de puntitos iluminados desde el horizonte hacia arriba.

La piel de Irene está tupida de vello amarillento, una capa de flores de retama. Su olor es salobre, a barco de pesca.

Su nariz se frunce para oler mejor y a su alrededor se arrugan sus pecas de ciruela.

Los ojos de Irene no enfocan. Estoy en su campo visual y me atraviesa.

No es que me excluya, sino que sus ojos omiten fijarse en un punto.

Quién era su gente. No lo sabe, la recogieron en la playa después de una tormenta.

Se crio en la casa del pope, ordeñaba sus cabras, se ocupaba de sus abejas.

Dormía en su cocina, sobre una estera.

La aldea es devota, las funciones de los días de fiesta los reúnen a todos, menos a Irene y a dos ancianos comunistas.

Fueron encerrados en los campos dispersos del archipiélago durante la dictadura, en los años setenta.

Los reinos, los gobiernos han plantado prisiones en las islas del Mediterráneo. El mar es para ellos un guardián añadido a las rejas.

En Yugoslavia, la peor era Goli Otok, entre nosotros era Asinara. Las han cerrado. El destino de las cárceles es acabar cerradas.

Los dos prisioneros de otros tiempos, un maestro de primaria y un electricista, volvieron a las islas para envejecer apartados de las piruetas del mil novecientos.

Por la noche, en una terracita resguardada del viento, mueven las fichas del *backgammon* y beben una cerveza que se llama Alpha.

El maestro de primaria me dice que ha tomado al pie de la letra las palabras de su juventud.

Y la letra Alpha de la marca de cerveza es a la que ha quedado unido. Bebe un sorbo y sonríe.

Los griegos se lo han tomado en serio y han cogido de la pechera al siglo del cine, de la emigración, de las revoluciones y de las guerras.

La guerra moderna ha matado más vidas de paisano que de uniforme. Los griegos han perdido veinticinco ciudadanos por cada soldado muerto.

La guerra moderna queda veinticinco a uno.

Irene no va a las funciones. Cuando era niña, el pope le asignaba tareas para que las hiciera durante la misa. Irene no cree y no pregunta.

La tierra es alta y baja, no concede la igualada a la variedad. El mar es más justo, si una ola se levanta por encima de las demás, acaba por bajar.

Imita los movimientos del mar, sus manos flotan un poco en el aire, a la par.

¿Cómo es que entiendo tus frases, Irene, y ni una palabra se despega de tus labios?

Así lo hacen los delfines, me responde. Y ¿qué tienen que ver con eso los delfines? Claro que tienen que ver los delfines.

Pienso en los innumerables idiomas salidos de la Torre de Babel, en sus gramáticas y alfabetos, que separan más que las cadenas montañosas.

En cambio, una cabra albanesa se entiende rápidamente con una de Suiza.

Estudié en el bachillerato la lengua de Homero, pero para hablar con su nieto griego tengo que ir a llamar a la casa de Shakespeare.

Irene sabe el lenguaje de los delfines y dice que funciona conmigo también.

El reino de los animales es una república. Está desprovisto de corona, el más ineficiente de los tocados, incapaz de proteger del sol y de la lluvia.

Sólo la de espinas, en torno a la frente del hombre, redime el objeto y al sujeto.

Los pies, que el mar alcanza, me espabilan del mejunje de pensamientos. Me importa la historia que tienes encerrada en tu vientre, le digo.

Se levanta de la arena, se sienta sobre los talones. Sus ojos redondos me miran a la cara, me dan el vértigo de ser invisible.

Una onda, ni de aire ni de agua, una onda de esas que utiliza la radio, me llega desde ella. Mi cuerpo absorbe la señal.

Irene irradia cuando mira a la cara. Tengo que agacharme, me reclino de nuevo.

El cielo griego está almohazado por el viento. Durante meses, aquí no flota ni un copo de nube.

Le pregunto en qué lugar hará que nazca. En el mar.

Y ¿con qué ayuda? Toda la ayuda del mar.

La miro: Irene tiene su espalda encorvada hacia delante, se le ven las costillas subir y bajar cual fuelle.

Entonces aguardo la historia de Irene, le digo.

Antes tengo que verla salir de aquí. Y se sacude de nuevo la piel del tambor.

La creeré. Mi madre protestaba: «No crees en el creador del universo y haces caso a quien te cuenta una historia».

Y comentaba mi silencio: «¿Qué demonios le ha pasado a la gente? Eran creyentes de una fe, después se han convertido en crédulos de horóscopos, adivinos, loterías».

Así es, le decía, pero para creer en una historia tengo que creer también en la voz, en los ojos que la pescan entreteniéndose en los recuerdos, en los pies que no pueden mentir.

Creo en una persona toda entera, mientras relata, refiere, dice. Si desafina en algún punto del cuerpo, me doy cuenta y abandono.

En Irene creo. Puedo leer acerca del creador en las páginas sagradas, en su primera lengua, pero no conozco su voz, el cuerpo que habla.

Debo prestarle de lo mío y así no vale.

El único indicio a su favor es el derramamiento de belleza hasta derrocharla, demasiada e inmerecida.

Podría ser la traza de una voluntad, su firma difusa. Este pensamiento se deshace de inmediato.

Veo la belleza de Irene y no me elevo a la cumbre del universo para justificar que ella existe.

Existe porque sí, porque en la naturaleza existe el sí y el no. Ocurren, se afanan en la voz, se ahuyentan, coinciden, se disputan el mundo.

Es un día perfecto de finales de septiembre. El mar permanece planchado, el viento se ha detenido a emborracharse de mosto en algún valle de los Balcanes.

Desde allí, baja a sacudir el Egeo.

Ningún diésel de barco regresa acompañado por las gaviotas y por el día que se ensancha. Los cencerros distantes de las cabras lanzan repiques sueltos, nada que ver con las campanadas.

Las siete islas y media, allí delante, no tienen el borde blanco de las olas. Son arados quietos, hundidos a medias. En la costa de Patmos, un petrolero desfila indiferente al horizonte que lo siega en dos.

«A contar mis días así hazme saber» es el verso de la mañana, que se ha quedado en la boca por un salmo de David. No podría decirlo yo.

No me apelaría a nadie que me enseñe la cuenta. Ni siquiera puedo llamarlos míos, los días que atravieso.

Pertenecen a la procesión de la vida, que los consume con intercambios de corriente y de energía, entre dentro y fuera.

Soy el parásito de mi cuerpo, vivo a su costa, vivo de sus días.

Cambia las formas, las habilidades, extiende un reticulado sobre la piel como señalizador de ruta del tiempo que ha pasado.

Ante ella me encuentro en una antigua inferioridad, como un pánfilo a quien una deidad se le revela.

Surge del mar, no como Afrodita de la madreperla, sino como la santa de la apnea y de las praderas sumergidas.

Tengo la edad de su abuelo, pero ella es más antigua. No se me consiente la atención senil de ofrecerle un par de zapatos, un vestido nuevo, un tortel.

Se me acerca para una entrega. No tiene elección, entre los hombres, en la isla, soy la única escucha posible para ella.

También le ocurre a la divinidad de las sagradas escrituras el tener uno solo al que advertir.

Irene busca en mí el vacío de botella en el que embolsar su relato.

Sabe que tengo un buen tapón en lo alto y que no lo perderé en el tránsito del mar a tierra firme.

De pronto, me acuerdo de una cancioncilla obscena de críos: *Cuando las chicas se convierten en botellas, los chicos quieren ser tapones*.

Con Irene es lo contrario, yo soy la botella y también el tapón. Ella es la vida que busca sitio en mi acristalado.

Compro pescado en el puerto al pescador que vuelve por la mañana de la salida al mar. Se llama Pantelì, alto, macizo, de unos cincuenta años, se mueve lentamente en tierra y es ágil en la barca.

Donde hay menos espacio su cuerpo es rápido. Al desembarcar en el muelle, aminora.

No regateo, tomo lo que tiene, pago lo que me pide.

Le hablo en italiano, contesta en griego, nos entendemos con gestos y concluimos el intercambio entre los peces arrancados al mar y las hojitas de papel moneda.

Qué cómodo es el maldito dinero, me permite recibir de manos de Pantelì el fruto de su trabajo mar adentro, de sus despertares en la oscuridad, de sus movimientos expertos, en esos fondos marinos que se sabe de memoria.

¿Con qué otra cosa podía intercambiar lo suyo con lo mío, con una historia?

Se conforma con un billete colorido que lleva un nombre griego, *euro*, de Europa.

A mí me pagan un derecho de autor por las historias que escribo, y a Grecia, que ha esparcido por el mundo su vocabulario, ni siquiera las gracias.

Pantelì sabe que soy escritor. Para él equivale a un desvalijador.

Me sonríe como a un astuto granuja que no deja que le echen el guante.

¿Así que escribes?, me pregunta con un gesto del dedo sobre la mano. Desde luego, no me detengo, continúo desvalijando las historias de los demás.

Incluso la tuya, me la pillo y la empaqueto dentro de un libro.

Es de día, se despide de mí, se va a dormir.

Irene estuvo al servicio del pope hasta el año pasado a cambio de techo y cocina. Él la despidió con su primera sangre de mujer.

Cuando la vio gotear, le dijo que ya no podía permanecer a su lado.

Desde hacía un año, el pope daba muestras de desequilibrio. Se le murió el asno, Irene se encargaba de él, sin ella cayó enfermo.

Le hacía falta para cortar la madera entre los arbustos de la isla. Enebro, mirto, romero arden alegres, esparcen tibieza en la habitación. Sus brasas lentas cuecen las patatas.

Sin el asno de invierno, el pope empezó a levantar los tablones del suelo.

Después dio a la estufa incluso las tablas de la escalera que conducía a su habitación.

Se quemó de noche, la casa con él dentro.

Era una madera seca, dijo Irene.

Pienso lo mismo de mí.

Con las últimas lluvias de invierno brotan en mi campo en Italia margaritas pequeñas por todas partes.

Camino y las piso a la fuerza. No se quedan aplastadas, vuelven a enderezarse, impulsadas por una fuerza que las quiere derechas.

Fuerte como una flor de campo: doblada por un peso mil veces superior, vuelve a levantar la corola.

Es su naturaleza mantenerse estiradas hasta la hora de marchitarse.

Dentro de Irene está el empuje de esas margaritas.

Al salir de la casa del pope, Irene conoció su primer dinero haciendo la limpieza en casa de los holandeses.

Ellos no prestan atención a las voces de la isla, al silencio de Irene. El dinero lo perdió.

Es papel, me dice, no se está quieto, me lo cogen los niños y el viento.

Ella no tiene bolsillos, ni ha pensado en un lugar para esconderlo.

Esconder es un verbo que tuve que explicarle. Sonrió y volvió a repetirme que era papel.

¿Y si fuera de oro? Se lo daría el mar.

Me acordé de una bendición que me decía una anciana mujer de la limpieza cuando era un crío en Nápoles: *«O Signore t'ha da fa' diventa' ricco comm'o mare»*. «Que el Señor te haga tan rico como el mar». Rico es el mar: contiene el oro del mundo y también el de los piratas.

La voz de Irene se convierte en un sonido de pasos en una sala vacía, ronca de despertares.

Está acostumbrada a las palabras al viento, que las roba de la boca a los demás y a ella no deja que le salgan.

Dicen que es sordomuda, pero yo sé que no.

Sabe soplar un silbido de garganta, que no es de caramillo ni de pastor, es un silbido de mar.

Irene tiene una navaja italiana, que encontró en un barco de vela hundido.

De los camarotes intactos sólo se llevó eso. Me pregunta si fue robar. Fue recoger, le digo.

Es su posesión más preciada. Lo afila en el borde de una piedra y con una tira de cuero.

Tiene un mango de hueso, la hoja se dobla dócil y vuelve a entrar en la guía. En su mano brilla como un pez.

El que me la enseñe es un destello de intimidad. No me la ofrece y no trato de tocarla.

En el griego aprendido en el bachillerato existía la palabra *eirene*, que señalaba una paz. Le dieron ese nombre después de la tormenta.

El mío, en cambio, suena divertido, maltratado en el tránsito desde un tío que sabía llevarlo, a mí, que lo he abollado.

No lo he expuesto al ridículo, pero sí a la perdición. Ahora es un nombre improvisado.

Acompaña a algunos títulos de libros, más como conductor que como autor. Soy un chófer de historias.

Irene dice que los nombres son silbidos, sirven para llamar. El suyo resuena en el mar, entre delfines que juegan a ver quién lo lanza más lejos.

En tierra firme está apagado: nadie llama a una sordomuda.

Las frases de Irene no utilizan la conjunción *y*, letra que traza un nudo. Los idiomas que conozco no pueden prescindir de ella, para unir.

La escritura sagrada la pone al comienzo de la frase: y dijo y dijo y dijo.

Desde que leo libros antiguos, aprendo que el mundo es un alfabeto compuesto por letras, que se combinan entre sí.

Las consonantes son la materia, y las vocales, en cambio, son agua, luz, aire, el aliento del oxígeno dentro de la sustancia mineral.

Al final de la carrera de estos pensamientos vagabundos, llegados en forma de olas, me sale el decir: tú eres la conjunción *y* que mantiene unidos la tierra y el mar.

Irene toca una armónica con su aliento, tiene tanto encerrado y capaz en el pecho como para hacer una canción con una sola espiración.

Satura de aire el acordeón de los pulmones y lo vacía con la lentitud que necesita. Irene es un instrumento de viento.

Salen las morenas de los farallones, balanceándose embobadas.

Una aparece cuando destripo en la orilla el pescado. Una parte la devuelvo. Con la cabeza fuera del agua, degusta incluso las escamas.

De niño fui mordido yendo en barca por una morena recién capturada, quería quitarle el anzuelo de la boca.

Me clavó los dientes en la mano. El pescador le cortó primero la cabeza y luego me quitó con unas pinzas uno por uno esos clavitos hincados como

una trampa.

Ahora es tiempo de paz, ella, la morena, es la señora de la bahía que viene a recoger mi ofrenda.

Las branquias de uno de los peces vaciados bailan por un momento fuera de su boca. Cuando acaba el enjuague, se retira tranquila, igual que llegó.

La primera vez que se acercó, me entró el instinto de captura. Estaba casi entre mis pies, podía alcanzarla sin error.

Mientras pensaba en ello, se me subió a la cara la sangre y el calor de la vergüenza.

Era la dueña de la casa, que se asomaba para recibir el reconocimiento del huésped.

En lugar de la vergüenza, vino la gratitud.

Aprendo como en el colegio, de repente. La maestra nos enseñaba de muchas maneras, pero yo me enteraba más tarde, como un descubrimiento.

De las tablas de aritmética comprendía la división y la resta. A mi alrededor eran muchos los casos de personas y cosas que faltaban, de cosas y personas que compartir con los demás.

El mecanismo de la suma y de la multiplicación, en cambio, era abstracto. Me lo repetía de memoria: uno por uno igual a uno, uno por dos igual a dos.

Comprendí tras una riña. El niño más inteligente de la clase me tomaba el pelo porque no entendía la diferencia entre sumar y multiplicar.

Es muy sencillo: dos números que se multiplican hacen más que dos números que se suman. Me sonrojé, no había pensado en eso.

En la vergüenza, dije: no. La clase se echó a reír. La maestra los hizo callar y yo dije en el primer silencio: «Uno por diez son diez, uno más diez son once, mucho más».

Lo había comprendido en la vergüenza a través de la única excepción. Hoy me doy cuenta de que una norma la entiendo mejor a través de los casos que se le escapan.

Le cuento a Irene este viejo recuerdo, ella me escucha jugando con una concha.

Tiene un trozo de espejo, se lo lleva a los delfines, los más jóvenes saltan a su alrededor para verse. Hacen acrobacias para mirarse en el cristal de Irene.

Le cuento que en la época de mi infancia, en Nápoles, había un laberinto de espejos. Se entraba pagando un billete, el objetivo era salir, un juego similar al montañismo.

Lo mejor era moverse con las manos extendidas para no golpearse la cabeza. Estaba bien iluminado, pero encontrarse rodeado por uno mismo aturdía.

Podía verme incluso de espaldas y no me reconocía. Sabía que era yo, pero al mismo tiempo un extraño.

Distraído por los demasiados yo mismo, me ganaba coscorrones contra el cristal. Repito a Irene el movimiento de entonces, la mano en la frente, en la nariz, después del golpe.

Se ríe. Es una ráfaga de golpecillos de tos seca, la risa de Irene. La cabeza se echa hacia atrás, con la boca hacia arriba en busca de aire, los ojos cerrados.

La miro, aprovechando que se ríe a ciegas. Pero me siento avergonzado, como si atisbara una desnudez.

Se me viene a la cabeza que nadie la ha visto reír. Se lo pregunto.

Dice que ella sólo se ríe en el mar, entre los delfines. En la tierra soy el primero en hacerla reír.

He sido último en varias ocasiones y casos, ser el primero en algo es casi indecoroso para mí.

Mientras tanto, el viento que despelleja la cresta de las olas no es capaz de desplazar al halcón de su puesto de avanzadilla en medio del aire.

Allí está, mejor anclado que a un amarre. Permanece en la vertical de una diana en el suelo.

Luego se desprende y se deja lanzar hacia lo alto, donde nuestros ojos no pueden seguirlo.

Y así he conseguido en tierra la carcajada número uno de la niña Irene, que sólo se ríe en el mar.

Hay honores impensables que suceden de repente. El apretón de manos de una persona a la que admiro, la invitación para estar junto a personas que están luchando por un derecho.

La primera carcajada terrestre de Irene ha sido uno de esos honores, rectos y francos.

Le pregunto si los delfines se ríen. Mucho, dice, y por cualquier cosa. Para ellos es una forma de agradecimiento.

Vuelvo a la historia de los espejos.

Cerraron el laberinto a causa de los excesivos accidentes y chichones. Se ríe aún más.

Recuerdo los versos de uno a quien no le gustaban los espejos y escribió un poema en contra de ellos:

Hoy, al cabo de tantos y perplejos
años de errar bajo la varia luna,
me pregunto qué azar de la fortuna
hizo que yo temiera los espejos[1].

Yo sé el azar que me hizo temer a los espejos: fueron los coscorrones contra los cristales de aquel laberinto.

Antes del cierre definitivo, el propietario me contó el secreto para encontrar la salida: girar a la izquierda a cada oportunidad.

Así lo hice y me encontré fuera, junto a la entrada, aturdido por lo fácil de la solución.

Al término de mi primera escalada en la montaña, se me vino a la cabeza la misma idea, en una cumbre.

Le cuento a Irene la historia de Teseo, que va en busca de Ariadna al laberinto del Minotauro, desovillando tras de sí un hilo para encontrar la entrada.

Es una historia de tierra, dice, en el mar no existen. Irene habla de la tierra como de un lugar que ha dejado a sus espaldas.

Me tumbo boca arriba, cara al cielo.

Esa es la manera que conozco para situar la tierra a mis espaldas.

Le digo que en mi casa, entre los campos, rasgueó de vez en cuando una guitarra. La tengo colgada de la pared.

En su interior vive una araña y la ata a la pared, sin molestarse porque de vez en cuando yo la desate.

Cuando regreso de un viaje, sus hilos relucen más que las seis cuerdas.

Pienso que vivo con una araña guitarrista que me la presta por las noches, cuando me vence el deseo de oír mi voz.

En la oscuridad antes de dormir me salen cantadas las estrofas de mi dialecto.

También a Irene le gusta tocar la armónica a oscuras. El establo se llena de música y las telarañas temblequean.

¿Cierras los ojos tú también mientras tocas? Sí, responde, los cierra y sonríe.

Somos dos tocadores a la gallinita ciega, la preferida por las arañas.

Le explico a Irene el juego del cachipún. Hay tres enemigos: las tijeras, la piedra, el papel.

Se juega con las manos, las tijeras se hacen con los dedos índice y corazón algo separados, el papel se hace con la palma de la mano, la piedra con el puño cerrado.

La tijera gana contra el papel y pierde contra la piedra. El papel gana a la piedra porque la envuelve.

Formamos con la mano al mismo tiempo la figura que queramos y vemos quién gana.

Uno, dos y tres: a la de tres la enseñamos a la vez.

Irene hace una prueba con la mano y dice que sí con la cabeza, un sí que le mueve el pelo en forma de olas.

Empezamos a jugar: de diez lanzamientos, los pierdo todos. Me detengo. ¿Por qué no gano nunca?

Porque sé tu jugada.

¿Sabes la figura que voy a sacar?

Dice que sí con la cabeza, otra ola.

Se acabó el juego, Irene, pero si tuviera unas cartas tapadas, ¿sabrías cuáles son?

Si las miras, sí.

Tienes especialidades que te harían dueña del mundo.

Me mira seria. Está con los delfines. Cualquiera de ellos sabe hacer estos juegos de pensamiento mejor que yo, dice.

Ellos conocen las intenciones, los malos pensamientos y los buenos en la cabeza de los pescadores.

Bromean con las ondas sonoras que no puedes oír. Con ellas miran en el interior del cuerpo.

No sólo me han enseñado, dice, me han transformado para hacerme estar con ellos.

Me han puesto en las piernas el impulso de su cola. En los pulmones tengo su misma reserva de aire. Recibo y reenvío pensamientos con ellos.

Cuentan historias de los mares del mundo, de viajes y parientes lejanos.

Si se lo pido, me cambiarán el cuerpo y me convertiré en uno de ellos.

¿Y no se lo pides?

Me quedo con el cuerpo que tengo, me gusta caminar, dormir con los dos ojos cerrados, ellos tienen siempre uno abierto.

Me gusta el sueño que me hace desaparecer y volver a aparecer después.

Lo mismo me pasa a mí también, duermo como una piedra, la sábana es el papel que me cubre. También están las tijeras, que hacen «zic, zac» en vano para servirte de compañía. En el sueño, los tres enemigos son amigos.

Danos hoy el pan de todos los días. Es una medida difícil para nosotros los de tierra, que recogemos en un día lo que debe bastar largo tiempo.

Nosotros acaparamos, mientras que en el mar no, allí los peces son capaces de obtener el pan de todos los días.

Los pescadores exigen cada vez más y ahora la pesca es magra. Alguno recurre al arrastre en el fondo. Tras su paso, deja el desierto. El mar no

puede ser arado.

Alguno incluso enciende una mecha, la carga explota, después recoge los cadáveres de los peces.

La voz de Irene se quiebra en frases cortas. Se alza sobre sus talones, se encamina. Esta noche habrá ausencia de luna, al regreso de la inmersión me contará la historia.

Lo veo subir a pasos cortos, más de puntillas que sobre la planta del pie, oscilando, anfibia que está mejor en el mar.

Irene se mueve como delfín incluso en tierra firme. Da pasitos cortos por la costumbre de nadar con las piernas soldadas que deben producir el impulso de la cola de los delfines.

Hace como si: su voluntad de imitación la transforma en lo que desea ser.

¿Basta con hacer como si para llegar a ser? Ella ha puesto su vida en el mar: o se convertía en un delfín, o nada de Irene. Cuando no hay otra cosa, entonces basta con hacer como si.

Tiene el pecho casi plano, de niña, ¿cómo podrá amamantar?, me pregunto.

Recuerdo que sólo he visto otros tan poco apropiados en alguna Virgen de Bartolomeo Suardi, atlética y carente de asideros para los recién nacidos.

Debe de ser la natación lo que aplana el pecho, me digo, y me adentro en el agua de la mañana.

Al principio, las brazadas de espalda deben alcanzar la igualdad entre izquierda y derecha. Se asesta lentamente un timón dirigido aguas adentro. Los pies delgados y largos van en la estela del cuerpo, más que dándole impulso.

Al nadar reposan de la obligación del arrastre.

Y así Irene le contará su historia marina a uno de tierra firme, a un forastero.

Sucede que a los hombres les da por sentarse y contarme historias de sus días duros, de viajes, insomnio, hambre.

Debe de haber un silencio en mi cara que los tranquiliza; no seré yo quien los interrumpa.

Las mujeres, no: se apartan entre sí para narrar. Las mujeres son una isla. Irene no encuentra espacio entre ellas ni tampoco entre los hombres.

Mientras nado, los pensamientos asoman entre las respiraciones intensas que han de llevar oxígeno de sangre hasta la punta de los dedos de manos y pies.

En las escaladas estoy apoyado en las últimas falanges, me percato más de su uso.

Escalando paredes conozco mejor el peso de los kilos y de los años, que en este septiembre coinciden.

En el mar, en cambio, los años y los kilos son leves, para olvidarlos.

Mis manos desplazan el agua, las de Irene la abren como una proa.

Incluso aunque lo quisiera, no podría ser tan lenta como para nadar conmigo. Podemos encontrarnos donde el mar llega y la tierra firme se arrodilla.

Si yo fuera otra clase de hombre, la arrebataría a la isla y la exhibiría en tanques de agua dulce para competir, para subir a plataformas a recoger medallas.

Como empresario suyo, haría caja en la taquilla de la sociedad mundial de los espectadores, ávida de novedades dignas de aplausos.

Irene, la criatura de las olas, sería una perfecta maniquí de sus anuncios. Las mercancías se repartirían las pulgadas de su pelusa.

Irene borraría a los primates hasta extinguir las competiciones. El cuerpo humano no sabe correr en el agua.

Si yo fuera otra clase de hombre, Irene no se habría acercado con una historia y con su forma secreta de nadar.

Debí de ser aprobado mediante un examen desconocido. En julio, se me acercó un delfín mientras nadaba a espalda.

Fui arrollado por su viento, que me pasaba a mi lado y por debajo de mí.

Era una caricia profunda que arrancaba de los pies y recorría el cuerpo hasta proseguir más allá de la nuca.

Me abría el mar, me llenaba el aliento. Me vibraban los órganos, riñones, corazón, cerebro, con un cosquilleo en los pulmones, un soplo en los huesos.

Cerré los ojos y nadé los metros más ligeros de mi vida.

Las brazadas seguían una corriente, el efecto era el de bajar desde lo alto de una ola.

Yo era un niño en un columpio, empujado en la espalda por un adulto alegre.

Tal vez se nade así en el paraíso, en compañía de un delfín.

Cuando abrí los ojos estaba lejos de la costa, no cansado en absoluto, al contrario, lleno de energía.

No nadé a espalda para volver a la orilla. Me giré boca abajo y puse en marcha el molinete opuesto.

Quería retener en el cuerpo la felicidad de nadar a espalda con el mejor maestro.

Debió de ser ese, el examen. El sonar del delfín escruta los órganos internos, con el flujo de ida y vuelta.

Me exploró la sangre, las intenciones, las heridas.

En la orilla, ya seco, escribí en el cuaderno el encuentro con el viento que levanta un delfín en el mar.

He subido a la terraza para aliñarme los tomates henchidos de salsa y de sol absorbido.

Me mantengo al resguardo en las horas centrales que aplastan contra el suelo incluso las sombras.

La luz tiene su peso, al alba es de aluminio, al atardecer es de cobre, en medio es de plomo.

Aguardo desde la terraza su caída púrpura sobre la isla de Patmos.

Desde aquí creo entender el delirio de Juan, que encerró allí, en veintidós capítulos, los símbolos furiosos del Apocalipsis.

Asaltado por sonidos, voces, números, por el siete confirmado diecinueve veces, por fieras, dragones, ángeles y famélicas figuras femeninas, al escribirlos se liberó de ellos.

Se emancipa uno de las pesadillas y de las visiones esparciéndolas entre los demás. Después consiguió dormir, liso y vacío como una concha en la playa.

El ocaso contra la isla es un derrumbe de luz que se estrella en pedazos. Cada noche vomita el cielo sobre Patmos y dentro del mar.

A esa hora bebo yo a la salud del Apocalipsis, con un vino frío y una taza de aceitunas negras. Celebro el Sur que tengo ante mí, más allá de mis pies estirados.

Celebro el Sur que tengo ante mí, más allá de mis pies estirados.

Con el primer planeta que se enciende, preparo la cena.

A la hora en la que normalmente me acuesto para dormir, esta noche, en cambio, bajo a la calita para reunirme con Irene.

Su voz, que no pasa a través de cuerdas vocales ni de labios, se disuelve cuando yo la oigo como lo hace una nube con su lluvia. No me embeleso, sigo alerta cual espectador de un mago que hace aparecer monedas de una mano vacía, palomas de un sombrero de copa.

Desciendo a la calita cojeando, a causa del nervio ciático. Me tomo el pelo pensando en Jacob, que luchó con un ángel de noche y quedó cojo.

No he querido traer luz, avanzo con pasos inciertos y el apoyo de un bastón.

Bajo tarareando una canción antigua, nacida en el mar sin autor y sin escritura, cantada y transmitida de viva voz.

«*È nata miez' o mare Michelemmà, Michelemmà*[2]».

Al ritmo renqueante del bastón, recorro de nuevo el camino a oscuras y llego a la playita con la última estrofa en la boca: *«Pe' fa' muri' gli amanti, Michelemmà, Michelemmà*[3]*»*.

Por encima de la cabeza se ha abierto la competencia entre las estrellas, su mercado iluminado.

En medio pasa una avenida principal, una vía más salobre que láctea, un traficar de cúmulos.

A su alrededor se dispersa la tupida variedad de años luz. Parecen puntos fijos y son, en cambio, flujos de energía reluciente lanzada en viaje, con la más legendaria de las velocidades.

Mis pupilas abiertas reciben su carrera desenfrenada en medio del vacío.

Tumbado debajo, veo suburbios iluminados. Así, desde la ventana de un avión, vi la primera orilla de África, El Cairo.

Iba a Tanzania, donde las noches se reparten el día en partes casi iguales. El Cairo desde el avión era un cielo nocturno abatido a tierra.

Yo estaba en los treinta, dejaba atrás el vacío de una comunidad disuelta. Fui de los miles, después, de repente se volvió arriesgado hasta saludarse en un cruce.

Dentro de furgones de cristales opacos, algunos detenidos deambulaban con los carabineros denunciando a sus propios compañeros para obtener a cambio otra vida.

Era el comercio de la propia a cambio de las ajenas. Recibieron otra identidad y otra conciencia.

Con las manos en los bolsillos, sin contestar al saludo de quien me llamaba por mi nombre en voz alta, me dispersaba junto con nuestra sospechosa variedad.

Disuelto el destino común, sus miembros iban a probar uno privado.

Delante tenía África, gigantesca y encajada en el cercado de un pequeño pueblo, que la representaba y la contenía a la vez.

Nadie diría que ha estado en Norteamérica si sólo ha vivido por poco tiempo en un pequeño pueblo de Idaho. Con África es diferente.

Quien ha estado y se ha detenido en cualquier minúsculo rincón, puede decir que ha habitado en ella.

Hablaba entonces suajili, un idioma que ignora el verbo *tener* y se preocupa por distinguir en la gramática los seres humanos, los animales, las cosas.

En una aldea de Tanzania pasaron sobre mí las noches más oscuras y más sonoras de la vida vivida conmigo mismo.

Crujidos, gritos, llamadas, gruñidos, el perpetuo violín de los mosquitos que transmiten a la sangre las fiebres de la malaria, el soplo en la cara del vuelo de los murciélagos, las termitas que se comieron a Dostoievski, *El idiota* y *El jugador*, que para mí coinciden con él.

En una noche griega vuelve a llenar mi escucha el gargajeo sonoro de África y de hace treinta años. Entre los pequeños huesos del oído interno se enredan las historias que después yo escribo de memoria.

Esta noche soy papel secante, la oscuridad me impregna con su tinta.

Tendido en la playa, vuelvo a ver El Cairo en el techo. Desconozco el idioma, no el árabe, sino la astronomía. Soy un analfabeto de estrellas y de universo.

Desde estos parajes y en los archipiélagos vecinos, un millón de noches antes que esta, alguien aprendió a leer la redacción del firmamento a la vista.

Conoció los confines del sistema solar, deteniéndose en Saturno, calculó los ciclos de los eclipses y de los cometas, antes incluso de asomarse más allá de Gibraltar.

Antes de explorar el planeta, visitaron la noche ilustrada del Sur.

Anaximandro de Mileto construyó un reloj solar. Después encontró conchas en las montañas y supuso que la tierra estaba ahuyentando el mar.

No estaba al alcance de la imaginación de entonces el adivinar, en cambio, que era la superficie emergida la que tomaba distancias elevándose.

Filolao intuyó que la Tierra no era central en la máquina del universo, tratando de sacudir sin resultado la presunción de ser los predilectos de la creación.

Hiparco de Nicea catalogó ochocientas cincuenta estrellas divididas en seis magnitudes.

En torres de vigilancia, los astrónomos eran centinelas, avistaban enjambres y caravanas en la pista del circo nocturno.

Las noches sin luna mezclan la baraja a mis recuerdos, amontonan los pensamientos de alguien que ha vivido más aparte que en compañía.

Retiro de la nuca la protección de las manos, dejo que la arena entre en el pelo. La planta de los pies recibe el cosquilleo del mar.

Debe de ser esta noche cuando pare Irene. Los músculos expulsivos, la ausencia de luna, el mar que la envuelve como un chal están empujando juntos.

Yo no soy padre de nadie, no me ha ocurrido imaginarme en una sala de espera. Esta noche me hallo en una.

El mar que me roza es la puerta que va a tener que abrirse.

Siento su tráfico sosegado. Son pocos los nacimientos mamíferos en su secreta extensión. El mar es el gigantesco depósito de los huevos, puestos innumerables por un solo pez.

La vida cuenta con lo multíplice, cada uno es la muestra de una inmensidad que se desperdicia.

Así ocurre también para quienes son de tierra firme, pero en el mar el hervidero de la vida es más desenfrenado, está más necesitado de buena suerte.

Mi pensamiento de pariente lejano, convocado esta noche en una sala de espera enyesada de estrellas, es: buena suerte a Irene y a la criatura que nace y que aflora.

«*Thalassa!*», el mar, gritaron los griegos de Jenofonte cuando vieron aparecer el centelleo del mar Negro tras su larga retirada por las pistas de Armenia.

Desde aquella orilla podrían volver a casa. Su grito, escrito en un libro, se propagó cual eco en mi cráneo.

Al acabar el colegio, cuando bajaba con la familia al puerto para ir a la isla de enfrente, repetía las sílabas de su alivio, feliz, furibundo.

Thalassa yo también, decía a modo de adiós al Molo Beverello, subiendo al transbordador blanco.

Se apartaba del puerto pasando revista a los buques de guerra de color gris claro de la Sexta Flota estadounidense, amarrada por todas partes.

El último que dejábamos atrás era el portaviones, plantado en el medio de la bahía para igualar el mar como un cepillo de mano.

Apenas el tiempo de la travesía y me salía al encuentro, desde la historia, otra voz. «¡Tierra!», gritó desde la cofa del palo mayor el marinero de vigía en la *Pinta*, la más pequeña y la más rápida de las velas que se le confiaron a Colón.

Después de meses de océano y de ojos consumidos por encima del horizonte, aparecía una franja.

Al desembarcar en la isla del verano, repetía en voz baja las sílabas de su euforia. «Tierra»: en la que arrodillarse para besarla, después de nueve meses en las vísceras de la ciudad ballena.

Me quitaba los zapatos e inauguraba la temporada descalza, bajo el cielo redondo en semicírculo, que invitaba a cualquiera a ser su centro.

Ayer demasiado pronto, mañana demasiado tarde, a cada uno de los días en la isla le correspondía la invención del tiempo.

El suelo hervía de fumarolas y barros, la piel se convertía en cáscara de algarrobo y el pelo en un pelaje pajizo.

Esa isla de infancia era un dorso de espalda, el puerto era el espacio entre dos vértebras.

Estaba oculto su ombligo, el sexo, el regazo. Era secreta: creerla descubierta era un malentendido provocado por el desembarco.

Los poros se dilataban para absorber el aria sedienta de nuestro sudor, interpretada por avispas y por la batería de las cigarras.

Yo dependo de una acústica, si leo un grito, un tren, una canción, una avalancha, dentro de mí el fantasma de un técnico de sonido la produce.

Incluso mientras escribo estoy escuchando, transcribo. Las frases que me crujen en la hoja del cuaderno funcionan a aliento.

Esta noche me hallo tumbado bajo los gritos de los que entrevieron una meta.

Me olvido de por qué he venido a estos confines entre la tierra y el mar.

Hay momentos y lugares que reclaman el vaciado de toda intención. Hay efectos sin causa.

En la cresta del Sinaí, el profeta balbuciente extravió el motivo de su ascenso. Le bastaba con haber llegado a la frontera, donde la superficie se detiene y el viento no tiene polvo que levantar.

Estaba en el centro de su vida, uno de esos centros que llegan sin previo aviso. Quienes se hallan allí quieren permanecer allí, en el eje de rotación.

Después se los expulsa, nos ha pasado a todos, ahuyentados de un regazo, el centro más perfecto del universo.

En algunas cimas de montañas, me doy cuenta de estar en uno de esos ejes, en torno al que gira un carrusel mudo.

Esta noche me sucede de nuevo. En el principio yo estaba aquí, antes de nacer. Era un pez engullido por otros peces. Era plancton, bacteria, organismo de hidrógeno, oxígeno y carbono. Luego se añadió el fósforo y algunos metales, declarados viles por los alquimistas.

No hay rastro de oro en mis aguas. El mar, en cambio, lo contiene en grandes cantidades, disuelto y dividido en partes iguales. La mejor distribución de la riqueza: es raro que el comunismo no tomara el mar como ejemplo.

Sobre sus banderas de fondo rojo bailan martillos, hoces, compases y estrellas, pero ninguna ola. Optó por obreros y jornaleros en lugar de pescadores.

En el tribunal está dibujada una balanza, pero su justicia depende de los contrapesos, variables de caso favorecido a desfavorecido. El mar, en cambio, allana los desniveles sin trucos.

Me olvido de que estoy esperando y divago. Estoy en la sesentena, edad adecuada para mí.

Siempre he sentido preferencia por el número seis. En el colegio era un suficiente raspado, para mí era la plenitud. Suficiente era el cinco, la mitad de la apuesta[4].

El siete era el cielo, el ocho era engorde, el nueve, una exageración, y el diez jamás se otorgaba.

Más tarde supe que el seis es el predilecto de la naturaleza: el hexágono perfecto realizado por las abejas, por los copos de nieve, por el hielo, los cristales.

Estoy dentro del hexágono encorvado de mis años. Tengo a mi alrededor sus seis ángulos y podría darle un nombre a cada uno de ellos.

Después de nadar, me entretengo en jugar con las piedras. Recojo algunas planas, superpongo hasta seis con la más pequeña en lo alto, para hacer una escultura temblorosa.

En el fondo, junto a la orilla, recojo una cóncava, la llevo en la palma durante un día. En parte la aprieto, en lugar de una mano. Al final la devuelvo al mar, pero busco otra, con las piedras no soy fiel.

Ciertos días de la isla siento los temblores de felicidad de un perro que no la contiene y se echa algunas gotas encima.

Los pies reciben una caricia larga, una ola con más empuje. Me distrae del centro y me devuelve al borde de una playa y de una noche.

Recuerdo haber venido por una cita insensata con una madre soltera, nadadora nocturna.

El blanco de la barba y las sienes no me ha mejorado la experiencia. Estoy de nuevo en vela dentro del embalaje de una espera.

Un seco silbido, un chasquido de los labios se aproxima a la orilla desde mar abierto. Me alzo sobre los codos para entenderlo mejor.

Un ruido de ola que se hincha se dirige hacia mí, echo los pies hacia atrás. Irene salta a oscuras por encima de las olas y con ella las salpicaduras.

Son dos, un delfín la acompaña. El mar, hasta ese momento en calma, se convierte en una alfombra desenrollada por debajo de ellos, movido por su llegada.

Irene pisa tierra bajando de una espalda.

La aleta se da la vuelta para volver al mar y veo el blanco del dibujo de clepsidra en el vientre del delfín.

Irene está de pie en la orilla. Ahora ya lo sabes: y se sienta a mi lado. Su voz asoma en mi cabeza junto con el agua estrujada de sus cabellos.

Ahora sé que ella está con los delfines. La acercaron a la orilla de niña. La alimentaron con su leche densa y con boquerones azules. Aprendió las ondas sonoras que yo recibo y son un susurro del mar dentro de la concha de la oreja.

Irene se une cada noche a la familia de los delfines, once con ella, guiados por una hembra adulta.

Por ellos vacía las redes sin romperlas, baja hasta el fondo y separa de los cebos las anchoas, los trozos de calamar, abre las nasas.

Con la navaja italiana libera y salva a su gente, enredada en alguna red.

Está con ellos mientras dura la noche. Es coetánea de dos delfines, una hembra y un macho.

Crecieron juntos, explorando los juegos hasta la llegada de la madurez.

Irene tuvo la primera sangre en el agua, la familia expandió la noticia con sus colas.

Surgieron de las profundidades los tiburones para degustar algunas gotas del brindis por la madurez de Irene.

Hubo saltos de colas al cielo y recaídas clamorosas para celebrar la sangre nueva. Los más altos eran los de su coetáneo, a ella prometido por la hembra madre, que retuvo a su hijo a la espera de la fertilidad de Irene.

Todo delfín macho tiene que recorrer el mundo, viajar por los océanos, en la pesadumbre de la libertad que al principio es un exilio.

El macho se la llevó mar adentro. Se colocó con el vientre hacia el cielo, Irene sobre él. Las olas los levantan arriba y abajo.

Los mamíferos terrestres, en el apareamiento, están quietos en su sitio. Los delfines no, mueven la cola y avanzan junto a los empellones del amor.

Van, sin saber adónde, con los ojos cerrados y con el sonar apagado, confiados al mar y a su viaje en pareja.

Les hace falta la escolta de los demás, que los acompañan en el cortejo nupcial para cumplir la voluntad jubilosa y seria de la reproducción.

El carrusel de las hembras protegía con silbos y chasquidos. Después el mar se volvió blanco por el fragor de espuma de las colas.

La primera noche del apareamiento ella se quedó embarazada de él enseguida. Han permanecido juntos estos meses hasta el parto de esta noche.

También su hermana coetánea ha parido. Las hembras deciden el momento y también qué semen admitir en el óvulo.

Por eso no hay rivalidad entre los machos: el primero que se aparea tiene las mismas probabilidades que el último.

No tienen que luchar por la precedencia y la supremacía. Ningún macho sabe si es padre o no. Lo deciden las hembras. Veo la vida de Irene con ellos y la tristeza de separarse cada día de su familia. Ella es mitad de tierra firme, debe volver, secar el cuerpo, dormir sobre algo sólido.

En la isla le preguntaron con tono abrupto quién era el padre. Respondió con un gesto que señalaba el mar. Irene, en tierra firme, pasa por sordomuda.

Fueron las mujeres quienes le retiraron el saludo. Creen que se ha apareado con uno de sus machos.

Los hombres recelan, se intercambian guiños, obedecen a las mujeres y también le retiran el saludo.

Esperan para ver a quién se parece la criatura. No la verán.

Irene, a mi lado, empuja en mi cabeza las frases breves de su historia. Me arrolla y me transporta.

Me lleva a la matanza de delfines en la bahía de Taiji, cada año su sangre engorda el mar del Japón.

Los exterminan juntos hasta que los últimos cesan de resistir y se dejan matar.

Los delfines controlan la respiración, pueden detenerla.

¿Y tú?, pregunta descarado mi pensamiento, sin que yo tenga gobierno siquiera sobre mis preguntas.

Yo estoy entre ellos y vosotros.

Un delfín vive cincuenta años, muchos menos si está aprisionado en acuarios y piscinas.

Obligados a dar volteretas en el aire para recibir alimentos, enferman, humillados por el estruendo de los aplausos. Son latigazos y son mofas.

Nacidos para navegar los océanos, encerrados en agua firme mueren de carencia.

¿Sabes que los delfines lloran? No, sé que las lágrimas se emparejan con las pérdidas y rara vez con una alegría también.

Alejo la idea, pero vuelvo a ver las lágrimas de mi abuela que caen sin sollozo alguno sobre su hijo y se derraman sin hacer presa sobre él.

Son más justas las de los delfines, porque permanecen en el mar.

Tienes razón, Irene, en la tierra firme caen sobre las manos, sobre el suelo, o dentro de una sala de cine.

Me vuelvo hacia ella y veo por primera vez a una chiquilla huérfana en tierra que tuvo que buscarse aguas adentro, en el mar, el afecto y la familia.

La tierra firme le ha sido madrastra; el mar, en cambio, la abraza y la acaricia.

En la isla le ha faltado el hueco de una mano que fuera almohada de la suya.

Ya se encargaron los delfines de ofrecerle la aleta de apoyo para que se deslizara entre ellos sin peso.

Irene, que me cohíbe cuando me mira a la cara, hace que la humedad se me suba a los ojos.

Y me quedo quieto, sin abrir los brazos enjutos para una acogida.

Así que me caen de los ojos un par de gotas. Ella las recoge al vuelo y se las mete en la boca. Están ricas, dice.

Han salido las barcas hacia la pesca nocturna del calamar, provocan un derramamiento de candiles.

«Pare che 'e stelle so' cadute a mare», «Parece como si las estrellas se hubieran caído al agua», dice la estrofa de una canción de mi pueblo.

Irene parió mar adentro y levantó la criatura al aire.

Es un delfín, nacido de cola, ella ha traído al mundo a uno de ellos.

Es lo justo, dice, me lo dio el mar.

En estos meses de embarazo, Irene ha pensado en su padre.

De él no recuerda nada, ni siquiera el nombre, la edad.

En estos meses lo ha buscado en las caras de hombres. Puede valer incluso la mía.

Yo no soy padre, Irene, no me ha ocurrido.

Y yo no soy hija, pero miro las caras de los hombres y ninguna podría ser la de mi padre. Excepto la tuya, que no has tenido hijos.

Sin permiso, me invento la historia de que eres tú, que no te ahogaste en el naufragio. Una barca te recogió a bordo al día siguiente. En aquella noche te perdiste y olvidaste.

Y ahora estás en una isla para recoger historias traídas por el mar. Escuchas a una niña huérfana, criada por los delfines, madre de uno de ellos.

He cruzado noches sin apoyo, empujando, braceando, insomnios de hierro y de fuego y alguna mano santa en la cabeza que me alzó a bordo del día siguiente.

Así puedo entrar en tu historia de padre salvado y olvidadizo.

Con mi vida magullada, escucho la tuya prodigiosa: se encuentran en los confines entre la tierra y el mar.

Es una noche antigua del Sur, bajo el cielo que completa su ruta panorámica alrededor de la Estrella Polar.

En otra como esta de septiembre fue alcanzada mi madre por el semen de mi padre.

Somos hijos de la primera hora de la preñez y no de la última, la de la expulsión.

No es de mayo mi legítimo año nuevo, es de septiembre, no importa el día.

Ellos, esta noche, están aquí de nuevo, vuelven a inventarme.

En aquella época, el mundo estaba tibio por los cráteres redondos de los bombardeos.

Había que echar mano a la vida después de la almadraba.

El lanzamiento de arroz a la salida de las magras bodas cicatrizaba los vacíos. Los nacimientos servían para reembolsar los lutos.

Le hablo a Irene del Sur y del tiempo del que provengo.

Ella no puede remontarse a una hora, a una noche de abrazos que la suscitaron, como le ocurre al fuego cuando se sopla sobre él.

Irene carece del tiempo acaecido antes, ella empieza por sí misma.

Cada día podría ser tu cumpleaños, le digo. Cada día lo es.

Ningún día es para ella menos que otro.

Le cuento que, en la bahía de una isla en el océano, nadé con las tortugas. En parte me acompañaban, en parte las seguía.

Confiaban en mí, subían a la superficie para respirar. Lo hacen cuando se sienten a salvo, porque en ese momento se encuentran indefensas.

Van con brazadas lentas desde África hasta Brasil, para poner los huevos en un nicho impreso en su instinto.

Yo repetía el ritmo de sus latidos de brazos por impulso de imitación. Aprendía una lección de marcha: hazlo así, ensancha el agua, pídele permiso, después empuja con las piernas.

El mar por delante de ellas es una gran cortina, que hay que abrir sin desgarrones.

Irene también ha visto la natación de las tortugas, dice que tengo su mismo cuello. Miran a la cara, sopesan al intruso, si es inocuo o un depravado.

Una, después de una mirada, me hizo un gesto.

La seguí por las aguas poco profundas, al igual que un nietecito con su abuela. Sentí deseos de abrazarla.

Le pregunto a Irene si ella abraza a sus delfines.

Uno por uno, me dice.

Irene entra en el mar, incluso cuando golpea con fuerza, cabalgado por el viento.

En esas noches los delfines se acercan a una cueva.

La entrada se encuentra sumergida en las profundidades, ella monta sobre el macho, juntos descienden rápidos en el túnel y afloran en la cavidad oscura y tranquila.

Una corriente de aire baja en cascada desde una abertura invisible. La cueva se llena de ondas sonoras, vibra como un órgano.

Los delfines juegan a ver quién envía la señal más fuerte. El eco es una diversión.

Irene ha aprendido allí la transmisión del pensamiento desde su cuerpo a otro.

Quien lo recibe cree oír voces, se asusta de los fantasmas. En cambio, es ella que inicia un contacto, rechazado por el terror.

Yo le doy la bienvenida por mi costumbre de oír voces. Eran de mujeres, las primeras, provenían de detrás de las paredes y de puertas mal cerradas.

Narraban la perdición y la fortuna, la erupción en el cielo, las cenizas sacadas a paladas de terrazas y tejados. Las sirenas de alarma, las carreras a los refugios, los insomnios y las carcajadas por ver quién llegaba antes.

No me asustan las voces que me hablan por dentro. Fueron mi primera compañía y aún las oigo.

Si se detienen, terminan las historias.

Los delfines tienen miedo de los rayos, en el mar son bombas. Aunque descarguen cerca y no encima, los matan de igual manera o los enloquecen.

Van a morir a la playa buscando tierra firme. Los rayos son patadas de los cielos, que sacuden en profundidad el mar.

El refugio de la cueva es un doble concentrado de la noche. Irene sube a una roca lisa, los delfines caen dormidos apoyados unos contra otros.

Se produjo el naufragio de un barco, transportaba animales en jaulas amontonadas en la cubierta. Los delfines saltaban fuera de las olas para ver a aquellas criaturas desconocidas.

La quilla chocó con un contenedor sumergido a flor de agua, desgarrándose. El barco se hundió en un minuto.

Las jaulas cayeron al mar, los animales encerrados se ahogaron. Los delfines los acompañaron hasta el fondo.

En la superficie quedó un tigre, liberado por el impacto. Los delfines estuvieron girando a su alrededor para animarlo.

Le daban empujones para mantenerlo a flote, hasta que dos de ellos se lo cargaron sobre sus espaldas y lo transportaron a la orilla.

No a una isla, sino a la mayor tierra firme, Irene le tocó la nariz y recibió a cambio una áspera caricia de lengua.

Al volver a pasar por el lugar del naufragio flotaban fardos de heno, plásticos, un televisor y libros. Cogió uno, lo secó y lo leyó.

Lo devolvió al mar, los libros flotan como la piedra pómez.

Los hay también con historias de mar, le digo. Uno cuenta la caza de una ballena blanca.

Irene la conoce, sabe la versión de la parte del mar. No hubo ningún superviviente.

El escritor supo la historia por los delfines, cuando navegaba en los barcos, pero no se sintió capaz de escribirla y entonces se inventó un marinero salvado.

La ballena albina estaba embarazada y se batió en defensa de su maternidad.

Doy las gracias a Irene por la noticia, debe de ser por eso por lo que atacó también la nave, no sólo los botes y a los arponeros.

A cambio, le gustaría conocer la historia del tigre. La invento para ella.

Cuando acabo me dice que no es suficiente, que falta el final.

Eso no lo sé, las historias que escribo se acaban antes.

La suya, sin embargo, tendré que saber cómo termina la suya.

De acuerdo, entendido, pero es necesario que esté allí, el final no se lo inventa uno.

Le digo que he visto una libélula rozar el mar. Robó un pececito sin un cabrilleo, como se quita un pelo de la leche.

Así fue el último aliento de mi madre. De ella sí puedo contar el final.

Irene ha asistido al parto de una ballena junto a su familia, que estaba alrededor de una nube de sardinas.

Ella se separó del grupo y se acercó por curiosidad. La cola estaba fuera, pero los empujones eran débiles.

Empezó a tirar de la media luna, con su intensa fuerza y con el ritmo de sus tirones dio vida a los empujones.

Subió al aire muchas veces, por fin se produjo la salida, y se encontró abrazada al recién nacido más grande del mundo.

La ballena se movió muy lentamente para no empujar a Irene con la cola hacia lo más profundo.

Recobró a su hijo elevándolo a la superficie.

Vienen a nacer al Mediterráneo porque aquí no hay orcas que acechen en torno al parto.

Después del destete, regresan al océano.

Los delfines se enzarzan tan sólo con los tiburones cuando atacan a alguno de ellos aislado.

Entonces se lanzan rapidísimos en su ayuda, incluso desde muy lejos, y atacan a los tiburones en su único punto débil, las branquias.

Golpeados allí por los hocicos lanzados a toda velocidad, huyen lo más lejos que pueden.

Irene ayuda ahora a las ballenas a nacer. Cuando están empezando con los empujones expulsivos aparece ella, traída por la familia que lo sabe desde lejos y desde antes.

A ellos les gusta ver a Irene trabajando en traer al mundo.

Dan apoyo a sus pies, que hacen de palanca y acompañan las contracciones de la madre. Es un barco que pare un bote salvavidas.

Nacer en el mar es pasar de un líquido estrecho a uno ilimitado. Es salir de un callejón a la amplitud de una plaza.

No es el salto en el aire de la especie humana, lanzada del calor al vacío que seca y no acoge.

El cachorro de mujer es empujado al matadero, el de la ballena, en cambio, es acompañado a una inmensidad, hermana mayor del regazo.

Por mi forma de nadar en superficie, no me sumerjo, me quedo fuera a medias. El mar es un umbral y no lo traspaso.

Siento la curiosidad de saber qué es para un delfín la superficie: ¿se parece a lo que el cielo es para nosotros?

No, dice Irene, el cielo es para nosotros ligero, el sitio al que llegar cuando ya no tengamos cuerpo.

Para un delfín, el aire es lo contrario: allá donde pesa más y su carrera se ve refrenada.

Salta fuera del agua para medir el peso que no tiene en el mar.

Me sale una sonrisa al pensar que, en cambio, veía un deseo de ligereza en el salto de un delfín.

Es como en el columpio, dice Irene, cuando va rápido. Llegas al punto más alto en el que el impulso se detiene.

Así es el salto del delfín en el aire.

En la cima del vuelo llena el depósito de los pulmones para tener más peso.

También Irene es capaz de impulsar su cuerpo fuera del agua, pero no tiene el empuje de su cola.

Puede realizar saltos cortos a lo largo de la superficie, no en alto.

Después del parto de esta noche, el macho de Irene se ha ido. Hacía tiempo que tenía que emigrar.

Si se demoró fue por ella, con el permiso de la hembra madre. El amor entre las criaturas es el rey de las excepciones y es a la vida como la herejía a las religiones.

El novio ha vuelto a filas, dejando a Irene y a su familia. Se ha dirigido al sur, hacia África y el canal que lleva al océano Índico.

Cuando abrieron Suez, los primeros delfines que pasaron estuvieron a punto de morir de hambre en un desierto.

Esta noche, Irene y su hermana han parido juntas, dos cachorros sanos.

También el hijo de Irene es un delfín. De su madre sólo tiene una pelusa tupida.

Irene lo ha abrazado, dos besos en la frente, y se lo ha encomendado a su hermana. Ya estaba amamantando.

El pequeño se coloca vientre arriba, con la cabeza fuera del agua, y la madre le rocía la leche en la boca.

Así tomaron su primera alimentación los dos nuevos delfines.

Irene fue acompañada hasta la orilla por la hembra madre.

¿Y ahora, Irene? Ahora basta con Irene. Ha dado un hijo al mar y su historia a un hombre.

En tierra, las mujeres la rechazarán, dirán que se ha desembarazado de su criatura. Y será una parte de la verdad.

No se puede vivir oculta en una isla que se recorre a pie con un día de camino.

Esta noche Irene se ha acabado, no le queda sitio ni en la tierra ni en el mar.

No puedo añadir más a su historia. Pero quiero contarle una continuación, de todas formas.

Ella mete en la garganta una inspiración profunda y yo comienzo. Había una vez un vendedor de palomas. Se llamaba Iona.

Vino una voz sobre él, una especie de trueno, dijo: «*Kum*». En su idioma es *Levántate*.

¿Qué habrías hecho tú? Se levantó y escuchó de pie la misión que cargaban a sus espaldas.

Le cuento a Irene la aventura de Iona, el profeta Jonás, quien se opuso y dijo no a la voz.

Es la única historia algo marinera de las Sagradas Escrituras.

Iona se embarca en dirección contraria. Una tormenta en el mar azota el barco. Para aplacarla, se ofrece para lanzarse a las olas.

Una ballena lo salva custodiándolo en su vientre como un niño en su regazo.

Cuando sale de ella está listo para su siguiente vida, en tierra firme.

Le cuento a Irene la historia de Iona por semejanza. Ella fue salvada por los delfines y quedó a su cuidado.

Hay una segunda vida después del mar, activada por una voz, por un «*kum*» cualquiera, levántate, ven.

Me percato de que ella no respira. Me detengo, le pregunto por qué.

Irene se echa a la garganta un poco de aire. Me dice que estar a la escucha es sumergirse en el mar. Toma una buena reserva de aire y se pone a escuchar. En el mar recibe las historias así.

¿En apnea? Y yo sonrío ante otra palabra griega metida en el vocabulario.

De donde yo vengo, cuando un libro gusta se acostumbra decir que se ha leído de una sentada, sin aliento. Sólo tú puedes hacerlo realmente.

Me comprometo a pararme para darle un tiempo de respiro. No volverá a ocurrirme de nuevo otra escucha sin aire.

Hay una isla en el océano y una bahía llamada de los Golfinhos, los delfines, donde mueren sólo de vejez. Es un área bajo protección.

Allí llegan olas que no han tocado tierra alguna, olas levantadas por el viento nacido en el mar, sin polvo, polen, cenizas, plumas.

A su llegada a los bajíos, las olas se hinchan, se encabritan y se hacen añicos por el golpe. Se derrumban sin poder ser cabalgadas.

Irene me pregunta dónde. Sales de Gibraltar, bajas por África hasta las Canarias, después cruzas el océano y el ecuador, y ya has llegado.

Con el brazo señalo un aproximado suroeste.

Sonríe ante mis referencias, se lo preguntará a los delfines.

Vente conmigo a otra tierra firme. Vente a las montañas, donde el mar se ha retirado como un emigrante, dejando tras de sí una estela de conchas vacías.

Tomaremos el barco, mitad blanco y mitad anaranjado, que va de isla en isla hasta donde el mar queda entero a nuestras espaldas.

Entraremos en un avión, en una de esas luces que nos guiñan un ojo de noche al cruzar la oscuridad.

Viviremos en una casa de piedra y madera, aprenderás las cocciones, las sopas, el pan.

Cabalgarás las rocas, conocerás los abismos de aire abierto de par en par bajo el cuerpo, distintos y también compañeros de los que están dentro del

mar.

Entraremos en un cine, donde las historias y las personas parecen más grandes.

Veremos una aventura de Charlot, maestro de sonrisas.

Huye de los guardias, se come el cuero de un zapato, trabaja entre los animales del circo, en la fábrica, en la mina, lo hace todo excepto una cosa: no muere.

En ninguna historia muere. Me detengo. Irene se sienta y mira el mar que tiene delante.

Prosigo: iremos a Nápoles, desde un balcón veremos cómo el sol se desprende del hombro del volcán y beberemos un café milagroso, más sagrado que el incienso.

Nápoles permanece tumbada cara a una isla, tiene pocos árboles, muchos subterráneos. Si llega un terremoto, nos avisan los ratones que salen a las calles. Si llega la lluvia, se sabe por la nube que se acuclilla en la cumbre del cráter como una gallina sobre sus huevos. De cualquier sueño se extraen números.

Verás nieve blanca como mi barba, que brota en invierno y se marcha en primavera expulsada por las flores. La nieve no llueve, llega en copos blancos. Cada uno de ellos tiene seis lados, quién sabe por qué no siete. En lugar de discurrir hacia el mar, la nieve permanece en los montes, en los árboles, en los tejados de las casas y en las carreteras, que dejan de verse.

Al caminar sobre ella, es suave como una esponja o dura como madera, y entonces cruje bajo los zapatos. Depende de la temperatura.

Si te la metes en la boca no sabe a nada. No es como el maná del desierto, que adquiría el sabor deseado por los que lo probaban. La nieve no se esparce para nosotros.

Una vez, en la cima de una montaña, se derrumbó bajo mis pies. Para no caer desde mil metros, me agarré a una especie de pico que llevaba conmigo.

Parece compacta la nieve, pero está hecha a capas. Es como la música de distintos instrumentos, parece una, pero es un amasijo.

Irene lo comprende, también el mar es así, hecho de escalones de luz y de calor.

Escucha mi cháchara, no cree en la nieve.

Existe, le digo, es parecida a la sal de las pozas marinas desecada entre las rocas.

¿También podrías decir que era como el azúcar?, me pregunta.

Podría, pero diría mal. El azúcar mantiene los granos separados, la sal marina, en cambio, se compacta como la nieve.

Me pregunta si se posa sobre el mar.

No, sobre el mar, no: se derrite.

Entonces ¿existe sólo en la tierra?

Sólo en la tierra.

Irene no cree en la nieve. Debo cambiar de historia. Conozco a una mujer que no tira los huesos de la fruta a la basura. Los conserva y luego busca un terreno donde echarlos.

Dice que son semillas y que hay que darles una oportunidad.

Muy bien, dice Irene.

¿Y tú?, le digo, ¿no eres un hueso de fruta?

Se mira el vientre, dice: un hueso que se ha vaciado en el mar.

Conocerás jóvenes machos, irás a bailar al son de la música en las calles. Se enamorarán de ti con la boca abierta.

Por las calles te saludará la gente: buenos días, señorita Irene.

Ella muestra una sonrisa. Me animo y prosigo. Enseñarás a los niños a jugar con las ondas sonoras, a repetir la natación del delfín.

Irás a las islas donde hacen las almadrabas de atún e impedirás las matanzas. Viajarás por el mundo para sacar a los delfines de los acuarios.

Luego volverás aquí y le hablarás a tu familia del mar.

Al final serás la misma Irene, el mundo no te habrá cambiado, te lo prometo.

Existe el viaje fuera de esta isla y un centenar de vidas tuyas que son como huevos listos para abrirse. Para empolladura será suficiente el tiempo que tardes en decir que sí.

Entonces me detengo, porque no se me ocurre más vida que inventarme y me daría un puñetazo en la frente por mi penuria. Porque dura el tiempo que tarda uno en inventársela.

Y tampoco esta vez he puesto fin a un relato. De todas formas, ella sabe que he terminado.

Sonríe, asiente con la cabeza, aunque no a mí. Es un sí a todas las Irenes que no son ella misma, aunque podrían haberlo sido.

Aguardo. Ella se toca el vientre, se lo palmea, y esta vez suena seco y oscuro, el ruido de zuecos en una iglesia vacía.

Un escalofrío y me abrazo las rodillas. Las historias inventadas para ella la han retenido durante el tiempo de apnea en el que las escuchaba.

Irene aspira con la nariz el aire de cuando se cierra la página final de un relato.

Con un solo impulso de los talones, se aparta de mi lado. El cielo incrustado de estrellas rodea de luces su cuerpo y lo puntea.

Es la belleza pura la que está entrando en el mar, indemne de las lisonjas del futuro, sin un saludo hacia atrás, como una serpiente con su vieja piel.

Se sumerge en la noche, se desliza entre dos olas con el crujido de los dedos que abren una cortina.

EL CIELO EN UN ESTABLO

Malas noticias para el subteniente de cazadores de montaña Aldo De Luca, destinado en Albania: su casa había sido alcanzada por los intensos bombardeos de agosto del 43.

La guerra, perdida en todos los frentes, daba a todos la esperanza de salir de ella sin excesivas pérdidas personales. Para él ya no era así: su única posesión se había derrumbado.

Al subteniente se le concedió una licencia por casa bombardeada. Se marchó a finales de agosto y llegó a Nápoles a principios de septiembre. Se presentó en la comandancia y, a continuación, en su domicilio en Via Crispi, calle de buen nombre. Rescató de los escombros tan sólo libros, resistentes a las bombas y a los saqueos. La ruina era grave. Fue su buena fortuna.

Antes de su regreso al frente, Italia, es decir, el rey de Saboya y Badoglio, firmaron el armisticio y huyeron a la región de Apulia, bajo el control angloamericano. A sus espaldas se desencadenó el más desordenado desbarajuste. Hubo que engullirse un errado júbilo ante el final de la guerra cuando los alemanes se convirtieron en tropas de ocupación. Los soldados italianos, abandonados sin una sola orden ni una despedida, se desperdigaron, despojándose de sus uniformes, escondiéndose. El subteniente tuvo la suerte de hallarse en su ciudad. Vestía con ropas de paisano y se encerró en casa de unos amigos.

Fueron las eternas semanas de septiembre del 43, todo se decidía de hora en hora. Nápoles se hallaba bajo una granizada de bombardeos aéreos,

los aliados habían desembarcado en Salerno, el golfo estaba minado, los alemanes rastreaban a los hombres de entre dieciocho y treinta y tres años.

Prófuga en viviendas y escondrijos, una generación de jóvenes a la deriva trataba de ganar tiempo en la oscuridad. No podían correr a los refugios durante los bombardeos, sino que debían quedarse donde estaban, jugándose el pellejo al escondite.

Con algunos amigos en condiciones similares, el subteniente Aldo De Luca consiguió salir de Nápoles y llegar a Sorrento. Allí no llovían las bombas, al contrario, proseguía la temporada turística. Los hoteles estaban llenos de mujeres, niños y ancianos. El grupillo de cinco jóvenes se escondió en la casa de labranza de un agricultor, aparcero de tierras propiedad de uno de ellos, nogales y limoneros. Los alemanes controlaban en Sorrento el puerto y el ferrocarril.

Pasaron días y noches en el establo en intimidad con otras tantas vacas. El único acostumbrado era el subteniente de los cazadores de montaña, que tenía familiaridad con las mulas asignadas a su unidad. Les había cogido cariño. Ocurre en lugares y épocas en las que nos vemos obligados a vivir de forma distorsionada: entonces las bestias reanudan el acuerdo con la vida.

Tuvieron que huir dos veces del establo, ocultándose entre los limoneros. Los alemanes deambulaban requisando ganado que sacrificar. Se movían lentos con un camión por las pistas de tierra de la colina, daba tiempo para el preaviso.

Por detrás de las ramas y el follaje descollaba la isla de Capri, cercana a la luz de septiembre, que acorta la geografía. También el cielo nocturno descendía para acuclillarse en la tierra. Se amainaban estrellas bajas hasta el borde del mar. El techo agrietado del establo permitía atisbar claros de astronomía. El toque de queda mantenía apagadas las luces en tierra.

Cuando en los años sesenta se hizo famosa la canción El cielo en una habitación, mi padre, Aldo De Luca se acordó con una sonrisa del cielo en un establo[5]. De ahí proviene este relato.

No hacía mucho que se encontraba bajo las mismas estrellas vivaqueando al borde del río Voiussa, donde las truchas se saciaban con los cuerpos jóvenes de los nuestros, enviados al tiro al blanco de los griegos por aquel jactancioso asomado al balcón.

El subteniente no probaba el pescado engordado a base de cadáveres, no variaba el rancho con la abundancia capturada por la técnica furtiva de la bomba hecha explotar a ras de agua.

No hacía mucho que las mismas estrellas eran chinches pegadas al techo, polvorientas, arrogantes. En las noches de la casa de labranza se las reencontraba como enfermeras con bata blanca que velaban la crujía de hombres tumbados a la espera.

Entre ellos, las habituales conversaciones nocturnas, tú qué vas a hacer después, las extravagantes respuestas de escolares de junio. Ya estaban en el después, dado que en una guerra no es la paz, sino la interrupción lo que aturde. Estaban en el después y permanecían sin dormir bajo la inmensidad, neutral e indiferente.

Desde la casa de labranza se veía arder Nápoles a causa de las bombas nocturnas, entre diminutas llamas de color naranja, como único ruido la berrea de los grillos.

Repentina fue la noticia de que Capri había sido ocupada por los estadounidenses. Jovenzuelos que venían de las llanuras de Oregón, de los pantanos de Florida, de los pastos de montaña de Wisconsin habían desembarcado allí delante. Aldo De Luca, hijo de la norteamericana Ruby Hammond, casada con el napolitano Adolfo De Luca, sintió conmoverse la mitad de su sangre de ultramar. Nunca había estado allí, pero hablaba el idioma con su madre.

Mientras tanto, había llegado al establo otro huésped, no tan joven como ellos cinco. El aparcero, que ya se estaba jugando la libertad y la vida

ocultando a cinco, añadió a un sexto, previo pago esta vez. Era un señor de familia judía, se ocultaba en la península de Sorrento desde hacía algunos años.

Después del 8 de septiembre, los alemanes, dueños de la situación, buscaban a los escasos judíos con encarnizada eficiencia. El hombre había perdido su refugio, pero al disponer de dinero había podido comprarse una salvación al día. Así había llegado al establo. De los cinco, Aldo De Luca fue el único que dirigió la palabra y la atención al nuevo huésped. Por su índole, interesado en las personas, por su talento para participar, porque de los cinco era el que tenía más experiencia, halló con él la forma de escuchar y hablar.

Capri era la libertad a la vista. El aparcero organizó la travesía. Desde Massa Lubrense zarparía de noche un bote de remos, lo encontrarían anclado entre las rocas. Desde allí, con algunas horas de brazos podrían llegar a Capri. Existía el riesgo de las minas a ras de agua y de las patrullas nocturnas alemanas. A su favor estaba la luna nueva, pequeña aún, que recorría baja el horizonte y se ponía rápidamente. Acordaron embarcarse después de la medianoche. Como cena de despedida saborearon algo del queso.

El viejo judío, el sexto entre ellos, llevaba siempre en la cabeza un sombrero de paja, incluso cuando dormía. Aldo De Luca, ya familiarizado con él, le preguntó si le servía para cubrir una herida. No, era por la costumbre de ir con la cabeza cubierta al aire libre, por respeto hacia la divinidad. El establo, por cuyo techo se filtraba la luz, era para él como estar al aire libre. Era costumbre opuesta a la cristiana que en la iglesia descubre la cabeza. A Aldo, ateo de guerra por evidente incompatibilidad entre un dios y la perdición vista en la tierra, la costumbre del judío le parecía exageradamente contraria. Desde su punto de vista, llegó a la conclusión de que el judaísmo era un puntilloso contraste con el cristianismo. Quería distinguirse desde la propia ropa.

—Algo más que eso —respondió el anciano—. Estamos circuncidados, marca indeleble de pertenencia a una separación. Fue el cristianismo el que quiso distinguirse del judaísmo. Jesús estaba circuncidado como todo judío, pero sus seguidores optaron por quedarse con el prepucio. Jesús celebraba el día del sábado, el sabbat, el séptimo para él. Sus seguidores escogieron como festivo el domingo.

Por la mañana, el anciano abría un libro y lo dejaba abierto. El viento hojeaba sus páginas. Lo cerraba por la noche sin haber leído una sola línea. Mi padre le preguntó para qué le servía. Era persona curiosa y no sentía escrúpulos en entrometerse. La respuesta fue que era un libro de oraciones, pero que él ya no sabía rezar. De modo que lo dejaba abierto, que se encargara el viento de rezar. Lo dijo en tono firme y desolado, sin la menor posibilidad de que lo dijera en broma. Mi padre calló. En la guerra, la gente hace conjuros extraños, se apega a la vida con la fe, la ira y la superstición. En aquellos años de masacre de jóvenes, él se había impuesto como actitud un arrogante desprecio del peligro. Estaba más seguro si todo le importaba un carajo.

Mi padre le pidió permiso para hojear el libro. Escrito en un alfabeto desconocido, letras negras que discurrían sobre un papel agradable al tacto, desprendía un olor a algarrobo. Discurrían, se deslizaban bajo los ojos, iban al contrario del sentido de la lectura. «Me daban un poco de vértigo los caracteres…»

Recordó haberlo depositado con un movimiento delicado. Amaba los libros, pero aquel le pareció un objeto perdido, necesitado de aquellos cuidados. «¿Quién me habría dicho que tendría un hijo capaz de leer aquel libro? Yo, que ni siquiera era capaz de sostenerlo». Desvió la mirada hacia el mar, donde Capri le pareció un altar vacío.

La noche del embarque era una de esas noches excelentes para fabricar niños: oscura, solemne, íntima, profunda. Un compositor napolitano escribió por entusiasmo en una noche semejante: «Stanotte ammore e Dio

song' una cosa». ¿Son el amor y Dios la misma cosa? ¿En esa estrofa, con esa música y en aquella noche hacia la libertad a fuerza de brazos? Sí, y la canta con voz apagada por el alivio de salir de la espera.

—Nos lo jugamos todo, esta noche —dijo al hombre que lo seguía, el último de la fila, en el sendero.

—Para mí es así desde hace cinco años, desde las leyes raciales. Envié a mi familia a un lugar seguro y me quedé.

El horror de las leyes raciales: una de las imitaciones serviles del fascismo para complacer al aliado más fuerte. El fascista Franco, en España, no las había adoptado.

En su momento, en el 38, el estudiante de Economía Aldo De Luca reaccionó con la mueca de disgusto de una oposición superficial. Las había olvidado. Ahora regresaban como acta de acusación en la respuesta del hombre a sus espaldas. Tenían también que ver, esas leyes, con el derrumbe de la Italia fascista. Había una poderosa mano justiciera en el descalabro de su generación, en la destrucción había una sentencia que leer. Se encaminaban al matadero para pagar su ligereza. Su fórmula de condena contra sí mismo era: «Qué idiota he sido».

Sintió afecto y alivio por el último de la fila. Aquel hombre era más náufrago que ellos, merecía el respeto debido a un veterano. Era un salvoconducto ante la justicia su presencia con ellos. Extraño pensamiento para un ateo enardecido, admitió Aldo De Luca ante su hijo.

Llegaron a las rocas a través de terrazas de vides apenas vendimiadas. Encontraron bastante que racimar a su paso. El sonido del mar cubría su marcha curva.

La barquilla estaba anclada. La alcanzó a nado el joven suboficial Aldo De Luca, el de más alto rango militar de los cinco. Se despidieron del aparcero, hombre corpulento de unos sesenta años, quien les deseó: «'A bona sciorta», «buena suerte». Cuatro se colocaron en la popa, uno en los remos, otro en la proa. Comenzó la ronda él, que se había quitado la ropa y necesitaba secarse.

El que estaba sentado a proa le señalaba si la dirección había de corregirse. Se hizo un denso silencio en la barca y a su alrededor. Se intercambiaban frases cortas en voz baja. Aldo De Luca era robusto y tenía la respiración entrenada por las marchas con mochila, pero carecía de práctica con los remos. Los hundía demasiado, malgastaba potencia transportando poco.

Uno le aconsejó que remara más en la superficie, el resultado fue un golpe enérgico que se frustró, sin rozar el agua, y lo hizo caer hacia atrás, contra el que escrutaba a proa. Siguieron carcajadas, la risotada mayor fue la del joven dueño de las tierras, que soportaba mal en aquellos días la inversión de jerarquía entre ellos. Deber de gratitud hacia su aparcero subordinado, reconocer el respeto de los demás hacia el suboficial Aldo De Luca, el único que venía de un frente, entre todos ellos emboscados en oficinas y protegidos por las recomendaciones. Cuando se impone la necesidad, saltan privilegios y prioridades. El anciano no sonrió ante el incidente; extendió la mano para ayudar al remero que había acabado patas arriba.

No repitió el error. Mi padre, de espaldas a la proa, veía la costa de Sorrento alejándose a fuerza de brazos y de espalda.

Estaba haciendo algo para salvarse, un acto de libertad y de egoísmo. No tenía noticias de su madre, de sus hermanos, ni ellos de él. Si el viaje tenía éxito, sería el primero de la familia en salir de la guerra. Si fracasaba…, no quería ni pensar en ello.

Otros italianos ensayaban en aquellos días gestos de libertad subiendo a las montañas para hacer la guerra clandestina en bandas armadas. Le oí repetir su lamento por no haber formado parte de esa pequeña minoría que había luchado. Mientras que para él esos días de septiembre fueron el alivio del adiós a las armas.

Los días y las noches en la casa de labranza habían sido una convalecencia. Bebía a chorro la leche fresca que nunca le había gustado. Leía una colección de anécdotas napolitanas recopiladas por Benedetto Croce. Se reconciliaba con su juventud arrojada a las ortigas. Y no se le vino a la cabeza ni al deseo el luchar contra quienes se la habían enredado.

Los jóvenes le preguntaban por su experiencia en la guerra, él contestaba que no quería hablar ni oír acerca de eso. Aquellos jóvenes se aburrían; él no: saboreaba el tiempo suspendido.

Tampoco el anciano se aburría. Leía, remendaba la ropa, veía ordeñar, tomaba notas en un cuaderno de rayas. Hacían la colada juntos, la tendían a secar en el establo para no exponerla a la vista. A la hora del ocaso se encontraban sentados entre los limones, a dejar que el sol les bajara por la cara hasta que acababa bajo sus pies.

Recordaba frases de ese hombre, «Gam zu letová», «también esto es para bien». En circunstancias difíciles, repetía «Gam zu letová», y explicaba.

—Mientras no quede desmentido por la muerte, insistiré en decir que incluso el mayor peligro está ahí por una buena causa.

Muchos años después, recopilaba detalles para su hijo, pero no recordaba cuántos habían sido los días de la casa de labranza. Es lo que ocurre con el tiempo cuando sirve de antecámara.

La travesía nocturna, apretados en el cascarón de un bote de remos, había comprimido su tiempo de antes a una premisa.

El ritmo de los remos y de los pulmones recordaba al subteniente el paso de las marchas cuesta arriba. Se encorvaba como bajo el peso de la mochila, pero era más hermosa y extraña la posición del remero en la barca, que avanza mirando hacia atrás. Su espalda vuelta contra la meta no permitía medir la aproximación. Escandía, en cambio, a la perfección la distancia de la tierra firme prisionera. Sonreía al verla desvanecerse en la oscuridad junto con los mil doscientos días de guerra.

Los había contado y los estaba trocando con los golpes de los remos. Calculaba: veinte paladas por minuto hacen mil doscientas por hora. Remo

durante una hora, los habré purgado. A partir de ese momento, seré libre.

Extraños pensamientos asaltan a cualquiera que se acerque a una frontera para saltarla. Le echaba ardor. «Esta es por el mulo que saltó por una mina en mi lugar, estas son por las noches en que me helaba sobre las piedras del monte Tomori, esta es por mi vivienda destruida». Al hombre le hace falta un ritmo en el esfuerzo, más que una razón. Los títulos que les daba a las paladas devolvían el tiempo al cuerpo.

Los demás lo veían en acción o se entretenían con los pensamientos. Uno decía de vez en cuando que le parecía seguir quieto en el mismo punto, por el efecto de la oscuridad que embota las distancias.

Mi padre espumeaba sudor y no había pensado en una botella de agua. El anciano la sacó de su equipaje y se la ofreció. Se metió en la garganta sorbos de consuelo.

—Gracias.

—No, gracias a ti.

Fue el primer tú que se intercambiaron. Ninguna barca había salido para la pesca nocturna del calamar, nada de lámparas, sólo el faro de Punta Campanella escupía al mar la llama blanca del acetileno.

Nunca se habría imaginado que podía terminar así su parte de la guerra: de noche y a escondidas. Junto a compañeros con los que no tenía nada en común, excepto aquel anciano que le había ofrecido el agua y el tú, la hospitalidad del desierto.

Todos ellos eran clandestinos en su patria, pero aquel hombre estaba más entrenado, no improvisaba los movimientos de su salvación.

La noche era perfecta para la travesía, pero ¿y si lo hubiera sido un poco menos? Por ejemplo, la niebla: ocurre que se levanta del mar como la nata de la leche y oculta incluso la punta de los zapatos. Ninguno de ellos tenía en su equipaje una brújula, aunque estaba seguro de que el judío la tenía. Se lo preguntó.

—Sí, ¿te hace falta?

—No.

Llegó a la conclusión de que los judíos eran más previsores.

—¿Cuánto hace que eres un clandestino?

El hombre en la oscuridad mostró dos dedos, el índice y el medio, y susurró.

—Desde hace dos mil años.

—Pues los llevas muy bien. A mí, tres semanas oculto ya me han envejecido. Eso significa que en tierra pagarás una ronda. El final de dos mil años de clandestinidad hay que mojarlo como es debido.

En la oscuridad, el judío hizo el gesto del brindis.

Era una noche para abrazar a una mujer en lugar de apretar los puños en torno a los remos. Se dio cuenta de que le sangraban las palmas de las manos cuando se pasó el dorso por la frente. Había pasado una hora de turno y pidió el cambio. El anciano se ofreció, fue descartado. Remó el más hábil, que había sido piragüista en un círculo marinero de Santa Lucía. Acostumbrado a maderas largas, tomó fácilmente la medida a las cortas y avanzaba rápido. Aprovechaba las pequeñas olas planeando por encima. No hacía oscilar el bote.

Estaban en medio del tramo de mar. El anciano preguntó a mi padre, sentado junto a él, si le molestaba que pronunciara en voz baja una oración. Quería volver a establecer relaciones con la providencia.

Mi padre, que habría acallado brusco a cualquiera de los cinco que se hubiera arrancado con un padrenuestro, no se sintió capaz de ser grosero con el anciano.

Oyó frases entrecortadas: «Y nos salvaste de la mano de todo enemigo», «y mandaste una bendición para toda obra de nuestras manos». Mi padre se miró las suyas en la oscuridad, heridas, se las enjuagó en el mar y la sal hizo que le ardieran las llagas.

El judío estaba orando en pasado. Si acaso, de lo que había necesidad era de ayuda para el futuro inmediato. Sintió el impulso de interrumpirlo: una oración está hecha para pedir, ¿a qué venían los verbos en pasado?

El anciano se dejó interrumpir y le respondió con el ejemplo del arco: para lanzar lejos tu flecha, has de tomar la cuerda y extenderla hacia atrás

todo lo que puedas. También hace lo mismo la oración, una especie de flecha.

Mientras mi padre lo pensaba, el viejo acabó de recitarla: «He aquí que envío un mensajero ante ti para que te guarde en el camino y para hacerte llegar al lugar que he establecido». Desde Capri llegaba, aún débil, el sonido de una música.

Fue una travesía sosegada, menos de tres horas. Llegaron a las proximidades de Capri y prefirieron evitar el puerto de Marina Grande, donde se los retendría y arrestaría. Intentaron el desembarco entre las rocas. El mar lento no ofrecía riesgo alguno de golpearse contra lo escarpado de la costa. Encontraron un atraque entre los escollos. También tenían que poner a salvo la barca y la izaron en seco. La tensión aliviada, la alegría violenta, los cinco se daban abrazos, palmadas en la espalda, puñetazos de alegría comprimida en voz baja. Dos de ellos se desnudaron y tomaron un baño nocturno chapoteando bajo el agua. Habían alcanzado la tierra liberada y coincidía para ellos con las vacaciones. Se habían quitado la guerra de encima.

El anciano se inclinó y besó el suelo de piedras. Aquel gesto de gratitud hacia la tierra agradó a mi padre. Hizo que le repitiera la oración del viaje, tomó notas para fijar en la memoria la noche de la travesía.

Preguntó al anciano qué tal estaba.

—Como uno que ha cruzado a pie el mar Rojo.

En la oscuridad, se encaminaron entre las rocas hacia las casas de Marina Grande, de donde provenía más nítida la música inverosímil de una pequeña orquesta que tocaba un charlestón.

ALGO DE LO MÁS ESTÚPIDO

«Corto y artero, el mes de febrero», se decía entre nosotros de un Sur sin defensa ante el invierno. A la tierra del sol sucedía el hedor del frío. Despelleja, disecciona, vacía, zancadillea el frío, «'o fridd'».

En los callejones de la ciudad reclinada sobre el mar se hielan incluso los gritos, para no desperdiciar el escaso calorcito de la respiración. Los cuerpos de los ancianos y de los niños se resecan y se retuercen en la disentería.

«Adda passa 'vierno», «tiene que pasar el invierno», dice el hombre que vive en una habitación de la planta que da a la acera con su esposa, su hijo y su padre anciano. Es domingo y están alrededor de la mesa, que consiste en la puerta del baño sacada de sus bisagras y apoyada en la cama, con un mantel encima.

En ese espacio minúsculo duermen también, dos en la cama, el hijo en un colchón en el suelo y en un catre el viejo, que, ya delgado de por sí, se encoge aún más. El tránsito de febrero para él es una madriguera por la que gatear. El viento de tramontana barre nubes, ancianos y niños.

—¿Qué decís vos, señor Saverio? —dice el hombre envuelto en una manta militar veterana de dos guerras a su padre, que está sentado en la taza del retrete—. Vos, que habéis visto ochenta y un inviernos, ¿cuánto falta para que acabe esta penitencia?

El viejo, por toda respuesta, ofrece la descarga de un estremecimiento de vísceras y de frío. Es el segundo día de tramontana y un tercero sigue siempre.

El vos del hombre al padre es el último resto de un respeto casi agotado. Cuando en tan poco espacio uno se ve sacudido por el vaciamiento del intestino incluso si está en ayunas, cuando es un peso y un hedor para los demás, el respeto desaparece con los cubos de agua en el váter.

El chico, que está estudiando, se hace el sabiondo e interviene a favor del invierno: porque erradica microbios e infecciones. ¿Erradica? Qué palabra será esa, preguntan los dos padres, complacidos con su hijo erudito. El viejo se estremece en el rincón oscuro del retrete sin puerta. Erradica, del latín, «arrancar de raíz», dice el chico, e involuntariamente mira hacia su abuelo. Desde luego, sin él habría más espacio y menos olores como ese.

Cuando se es niño y viejo no existe el verbo morir, sustituido por el verbo pasar. El invierno o bien el viejo: uno de los dos debe pasar de largo.

A David rey en Jerusalén, en su edad última le metían en la cama a una muchacha, no para el amor, sino como calefacción. Al viejo le bastaría con algo de calor en los pies, que luego se encarga la sangre de repartir un poco de tibieza por el resto del esqueleto. Eso es lo que puede hacer la juventud en atención a la vejez, una transferencia de temperatura como de Abigail a David. Al viejo le bastaría una palabra amable.

Sentado en la taza mientras se congela, le brotan dos lágrimas tibias que se pierden en el blanco de la barba que lleva días sin afeitar. Su jugo detiene los escalofríos, es extraño que incluso un pesar de mortificación pueda calentar. Ocurre también con las carcajadas, pero no es el momento.

—En el callejón Setteventi se ha muerto la abuela Esperanza —dice la mujer—. Se ha asfixiado con el humo del brasero.

—El monóxido de carbono —dice el hijo con estudios—, un gas incoloro, inodoro, insípido, más pesado que el aire.

—La muerte dei puverielli, de los desgraciados —dice el hombre, que quiere tener la última palabra.

—¿Es un gas que ci sta e nun te n'adduone? —le pregunta la mujer.

—Que está ahí y no te das cuenta —responde el hijo, que la corrige en italiano.

—Es como la muerte —concluye el hombre.

El viejo intenta ponerse de pie, se apoya, se sostiene para poder subirse calzoncillos y pantalones, dos, todo su guardarropa encima, también dos

camisas y dos calcetines. Mientras tanto, rumia que la muerte sí que tiene olor, a retrete, a zapatos viejos, a moho. Las ratas salen de noche y la huelen en los vivos que pasan estrecheces. El sabor es a ácido de estómago en ayunas. Y será un gas más pesado que el aire del paseo marítimo, pero no que el aire del callejón que te hace ir encorvado bajo el peso del frío.

En la mesa, sin mala intención, la mujer y el hijo miran el plato del viejo. El medio kilo de pasta se reparte en cuatro cuencos, la porción más escasa le toca a él, que tiene pocos dientes. Con los que le quedan es lento en meterse por la garganta la pasta gruesa al dente. Utilizan esa clase porque da más sensación de volumen dentro del plato. Y al anciano le lleva más tiempo, y el chico, que termina el primero, pasa su tenedor por el plato del abuelo. A veces el anciano se atraganta por un bocado ingerido deprisa y le cae el comentario de su nuera.

—Facite chiano, despacito, masticad bien. A vuestra edad, debéis manteneros ligero.

No es cierto, y no en febrero, acaso en julio, si es que llega. Pero ahora tiene un hambre que necesita saciar y eso no sucede, no llega a tiempo. Así que hoy, domingo, el viejo ha cogido su plato y se lo ha llevado al retrete. Se lo ha comido despacio, sentado en la taza. El gesto ha descabalado, ha molestado. La mujer no se ha contenido y comenta.

—Lo que come va a descargarlo enseguida allí dentro.

El hombre se ha encogido de hombros, el hijo ha meneado la cabeza.

—¿Por qué? ¿Es que vosotros lo almacenáis en el cuerpo bajo llave? —responde el anciano desde la taza.

Ha respondido, ha reaccionado, la mujer está a punto de saltar, el hombre la contiene.

—Papá, por favor, estamos en la mesa.

Por fin, ya ha ocurrido: ellos, la familia, por un lado, y por el otro el anciano como carga y como lastre.

—Pues no se hace encima el insolente… —dice la mujer al hombre, que le deja la última palabra.

Deja vivir a los demás: el viejo oye la frase en la cabeza de sus parientes y no sirve de nada taparse las orejas. Deja vivir a los demás, ¿qué andas buscando aún en el plato?, sentado en el retrete.

Es como era cuando de soldado en la guerra su vida continuaba, mientras que la de otros no y le parecía que su salvación costaba la pérdida de muchas a su alrededor. Este febrero es un campo de batalla, pero esta vez no están las vidas de sus coetáneos para ralear en su lugar, a cambio de la suya. Esta vez está rodeado y está solo además.

Por fin ha descendido un poco de sol hasta el suelo deslizándose paredes abajo, entre la ropa tendida en lo alto que obstaculiza su paso. El viejo sale y se coloca con la silla en la acera. Se apoya contra la pared y chupa con la cara hacia arriba un poco de tibieza de los pechos secos de febrero. Con los párpados cerrados, así pillan calor ellos también.

Mientras saborea la gracia de esa limosna, cae desde lo alto, saliendo de una cesta, la cáscara plena de una almendra. Va a parar a su brazo sin ruido. No le da tiempo a sobresaltarse, abre los ojos, la recoge, después mira hacia arriba, sea por agradecimiento, sea para ver si le llueve alguna más.

Es una almendra que el año pasado fue una flor blanca y es ahora un pequeño cofre de madera con un fruto dentro. Para tratar de abrirla, la aplasta bajo la pata de la silla, apoyando su peso. La cáscara no cede y el viejo vacila, se tambalea, se sujeta a la pared para no caerse de la silla. Recoge la almendra ilesa y se la mete en el bolsillo.

Dura poco el sol de febrero en la acera, se encarama por los muros y la temperatura desciende en caída libre. El anciano no quiere volver a entrar en la habitación. Tiene la almendra en el bolsillo y un deseo gitano de ir tras el sol. Deja la silla y se encamina cuesta abajo, con los huesos apenas templados, hacia el mar, donde el sol se entretiene hasta ponerse por detrás de la colina baja de Posillipo.

En la palma de la mano aprieta la cáscara y siente el latido de su sangre alrededor. Si hubieran llovido higos secos, habría sido más fácil.

En sus gestos ha entrado cierta imprecisión, cierta inexactitud, la cabeza le da vueltas tras una euforia repentina. Debe de ser porque va tras el sol, que le presta su abrigo. La almendra está en su cáscara fortaleza, pero cuando la venza le dará más calor que una copa de vino guerrero.

Mientras tanto, llega al barrio de Santa Lucía, deslumbrado de luz duplicada por el reflejo en el agua. Golpea contra ella y luego rebota hacia él, promesa de calor pleno en cuanto encuentre un lugar abrigado.

El anciano sabe dónde: después de la fortaleza de toba plantada en el istmo comienza el rompeolas, bloques de piedra blanca apilados para hacer de barrera cuando el viento se torna lebeche y lanza la caballería de las olas. Entre las rocas hay un lugar abrigado donde se pasa las tardes de los veranos pescando con la caña.

Mientras tanto, lo azota un viento a sus espaldas que podría levantarlo y arrojarlo al mar como hace con las sombrillas del bar. El viejo se resiste, se opone, aprieta la almendra con más fuerza en el puño como un amarre.

En sus oídos, el viento resuena con estruendo de aplausos en un estadio, en la nuca le propina pescozones, somete su ropa a cacheo. El Vesubio tiene un collarín de nieve y por encima pueden verse los remolinos que levanta la tramontana.

El mar está revuelto, pero es empujado aguas adentro, no contra los acantilados. La tramontana ayuda a la salida de los buques, dificulta su llegada. Marchaos: esa es su invitación.

El anciano llega al acantilado, supera la barandilla apoyando las manos, lento, para no dejar que lo tiren al suelo antes de la línea de meta. A cuatro patas, avanza entre las rocas escuadradas hasta el punto que conoce. Ahí está su sitio, invisible desde la carretera, protegido del viento. La roca blanca y caliente. El anciano se agacha, se acuclilla tratando de sentarse despacio, deslizando la espalda contra la piedra, tanto peor para la chaqueta, que es incapaz de seguirlo.

Se sienta, jadea, pero está en el mejor sitio de la ciudad, con el sol en la cara y sobre él, sin los mordiscos de perro del viento. Las piernas estiradas, más delgadas de lo que recuerda, los zapatos se le han desatado, los deja como están.

El mar resplandece en la cara, el sol abraza al viejo, atrapado entre dos fuegos amigos. El cuerpo afloja los nudos de la tensión, le suaviza las arrugas de la frente. La circulación de la sangre le provoca hormigueo y cosquillas hasta los pies. Se han calmado las vísceras exprimidas por el frío. Es un deshielo, se le escapan dos lágrimas de felicidad. La cabeza se eleva hacia lo alto, apuntando a ciegas hacia la fuente de calor, como un girasol. Una respiración profunda le eleva el pecho, es una ola que lo envuelve, los labios ligeramente abiertos, de modo que la lengua también la pruebe.

Busca la almendra en el bolsillo, la mira en medio de la palma, compacta, es una concha con dos valvas selladas. Busca a tientas una piedra, la recoge y empieza a golpear despacio la cáscara. El ruido pasa de seco a grave, señal de que se abre. Por fin se aviene a ceder, se ha abierto la brecha, liberado el fruto de la almendra llovida. Antes de metérsela en la boca, la alza y le da un beso. La recibe como una hostia en la lengua, empieza a chuparla. La vida, qué poco basta para que la felicidad sea completa.

Frente a él, las olas levantan crestas, que son pañuelos blancos y saludan a los barcos. Palomas y gaviotas juegan a que el viento es un portero de discoteca y, cuando las rechazan, frenan encabritándose. Revolotea perdido un globito rojo. Si pudiera franquear febrero dentro del nicho cálido de los escollos, escogerlo como casa, eliminando su molesta presencia de la habitación. Si pudiera. Puede, y chupa la almendra con los ojos cerrados.

Recuerda aquel día de soldado metido en el buque de guerra bombardeado. A su alrededor estallaban los cuerpos de los demás, y el suyo no. Cada una de sus células pedía envejecer y encontrar una vía de salida

del cascarón de hierro que se hundía. Y el mar de repente había entrado por un desgarrón nuevo y se apoderó de él empujándolo hacia fuera. El mar hurtaba una vida a voleo, un robo con destreza del carro de los condenados. Salió al aire libre con una zambullida de segundo nacimiento, manos invisibles de partera lo habían sacado.

Tras salir a la superficie estuvo llorando y sollozando aferrado a algo. A su alrededor sólo había una calma soberana, el sol ardiente, un día de verano perfecto envolvía la masacre con la indiferencia más benigna. El pronóstico del tiempo para ese día anunciaba la ausencia de fenómenos en el Mediterráneo oriental.

Más absurda que en tierra, la guerra en el mar: lo habían izado a bordo los marineros británicos, junto a un puñado de aflorados. La vida salvada había sido encerrada en una celda, incrustada en el cuerpo de un buque de guerra. Para él era un servicio de maternidad, permanecía acurrucado como un feto, durmiendo la mayor parte del día. Como alimento recuerda el peor queso de su vida. El segundo nacimiento implicaba una leche mal cuajada.

Ha escrito un poeta: «Hay competencia en el caos, algo de lo más estúpido». De ningún modo: la lucha por la vida, desde la carrera de los espermatozoides hasta la desordenada salvación de un naufragio, era fuga, rabia, ansiedad, fortuna y mucho más, pero estúpida no. En la caja del hierro de la nave inglesa había bendecido ese incomprendido algo de lo más estúpido, la vida en estado puro.

La almendra en su boca se empareja con esa vida liberada de la cáscara, que salió ilesa. El sol en la cara le mantiene los párpados caídos; el mar en los oídos se los mantiene llenos. Ha envejecido como y cuánto pidió. Un gracias del cuerpo le aflora a la boca y lo dice. Los vasos sanguíneos, ensanchados, lanzan latidos más lentos.

El fruto se ha disuelto contra la bóveda del paladar, se traga el resto. El cansancio es perfecto, ahora está saciado y puede. Respira un par de litros de aire caliente, lo retiene, después abre la boca y desde allí se escurre con una voltereta de chavalín de la calle que se lanza al mar, la vida que esperaba una hora de felicidad para dejar de ser una molestia.

MI DEUDA GRIEGA

Gracias a su lengua estudiada en el instituto, a la isla de Leipsoi, al delfín que escoltó mis brazadas, a Pantelì, pescador del Egeo.

Notas

[1] Jorge Luis Borges, «Los espejos», *El otro, el mismo* (1964) **<<**

[2] «Nació en medio del mar Michelemmà, Michelemmà». (*N. del t.*) **<<**

[3] «Para hacer morir a sus amantes, Michelemmà, Michelemmà». (*N. del t.*)
<<

[4] En el sistema escolar italiano el aprobado se consigue con el seis, no con el cinco. (*N. del t.*) **<<**

[5] En italiano es mayor aún la semejanza fonética entre el título original de este relato, *Il cielo in una stalla*, y el de la célebre canción de Gino Paoli a la que se hace referencia, *Il cielo in una stanza*. *(N. del t.)* **<<**